

colorchecker CLASSIC

xrite

mm

165
1428
(5)

**CARTAS
Á EMILIA**

sobre
LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

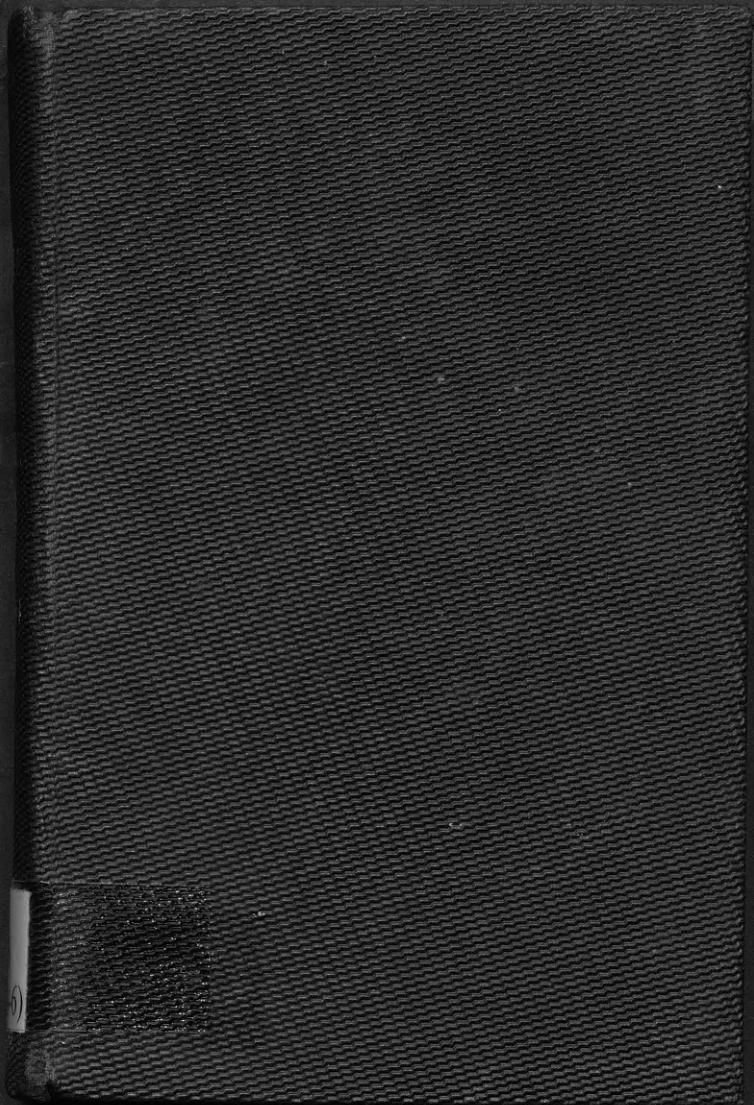
Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

QUINTA PARTE.

MADRID: 1841.
IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.



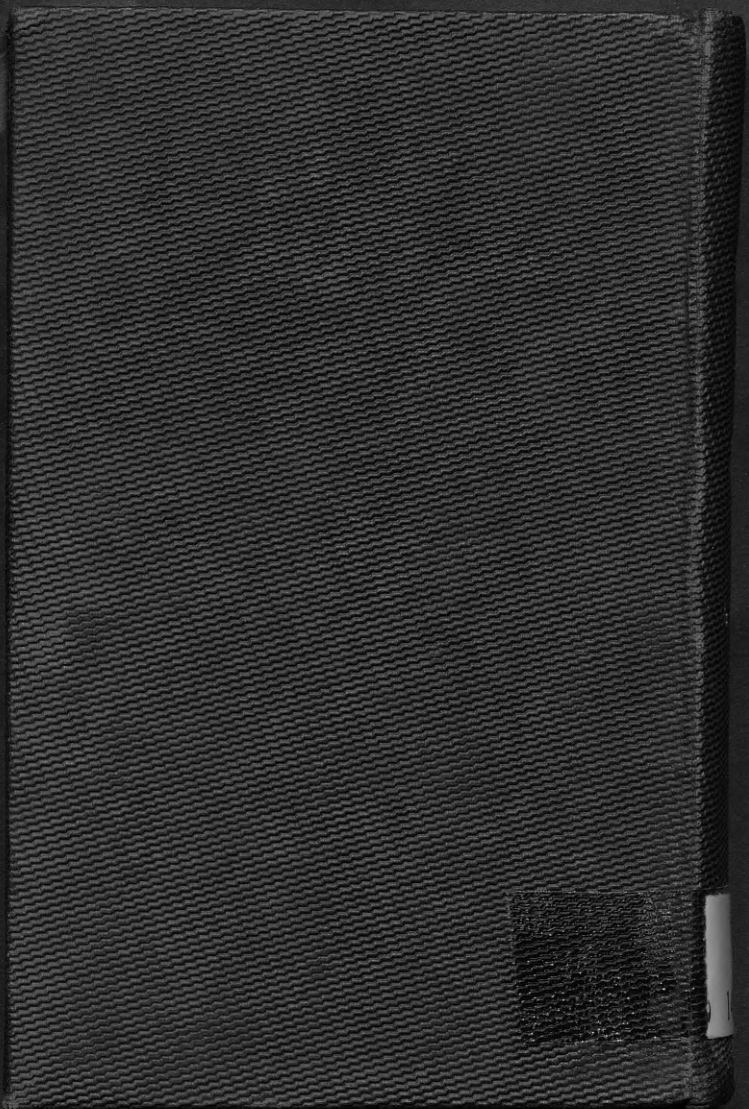
CARTAS

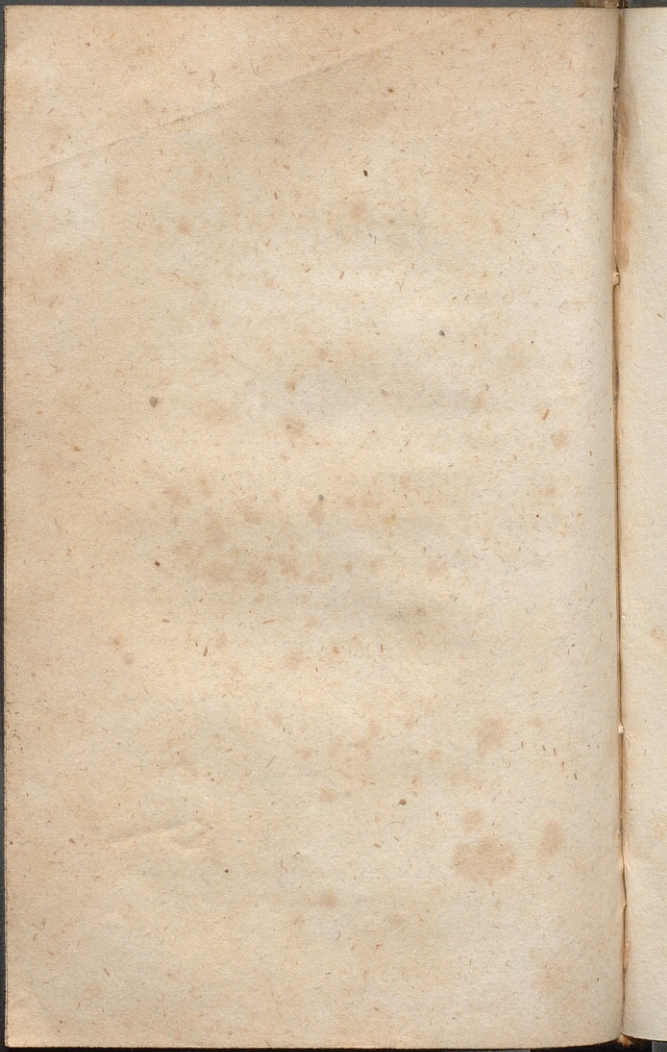
A

EMILIA

4-5-6

RES
1428(4-6)





165
1428
(5)

CARTAS
À EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

QUINTA PARTE.

MADRID: 1841.
IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.

D. Blanco f. 10

À EMERITA

LA MITOLOGIA

escritas en frances en prosa y verso

por

Don Manuel de Caceres

y traducidas por

D. Manuel de Caceres

QUINTA PARTE

MADRID: 1841.
IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.

Á EMILIA.

En esta triste vida
¡Cuán poco la ventura es conocida!
Todo, todo perece,
Y, cual humo, la dicha desaparece.
Los Seres en que nuestros corazones
El amor y ternura depositan,
Cuando mas les amamos, se marchitan,
Y burlan nuestras dulces ilusiones.
Los Años ambiciosos,
Que todo nos lo roban codiciosos,
Se llevan la Ventura,
Dejando los Recuerdos y Amargura.

Pero ¿qué hombre sensible podrá persuadirse de que nada ha de sobrevivir del ser á quien adora? Nuestro corazon rehusa la desconsoladora idea de no volver jamas á abrazar á nuestros amigos: nos persuadimos con placer que se han puesto en camino, y nuestra imaginacion, cubriendo de flores la senda que ella misma ha imaginado, se figura que los ve en

una risueña campiña rodeada de arboleda, á cuya sombra apacible reposados olvidan sus pasadas penas, y allí nos aguardan, para que en su compañía disfrutemos de una felicidad tan pura como la luz del rayo celeste que les ilumina. A la amistad somos sin duda deudores del primer sentimiento de nuestra inmortalidad.

¡ Dichosos los verdaderos amigos que se reunen en la Eternidad! ¡y mas dichosos aquellos que por medio de su inocente vida y tierna intimidad se anticipan la felicidad del Eliseo! Ellos gozan en este mundo los placeres que en el otro nos prometen, y no necesitan de la muerte para ser dichosos.

Con este bello cuadro
Que traza mi deseo
Dichoso ya me creo:
¡Qué plácida ilusion!
Algún felice dia
Con mi dinero ahorrado
Podré de ageno prado
Comprar la posesion.

En su mullido suelo
Pondrá tiernos rosales,
Arbustos y frutales
Mi genio emprendedor;

Bajo las verdes ramas
Mi placentera amiga,
Cansada de fatiga,
Mitigará su ardor.

Al Sur una casita,
Sencilla, no costosa,
Alegre y deliciosa
Habré de levantar;
Y desde sus ventanas
Emilia y yo asomados
Veremos los ganados
Por la floresta andar.

Al tierno corderillo,
Contento y bullicioso,
Verémosle gozoso
Tras otro tal correr;
Salvando del arroyo
La márgen floreciente,
Y de este la corriente
Oiremos con placer.

Y nuestros corazones,
De amor y virtud llenos,
¡Qué días tan serenos
Allí respirarán,
Cuando de nuestros hijos
Seguidos nos veamos
Y con placer oigamos
Las gracias que dirán!

La cándida sonrisa,
Los juegos inocentes
Y días florecientes
De su tierna niñez
Harán que no sintamos
La juventud pasada,
Ni de la edad helada
Los frios y aridez.

En tan feliz recinto
Dichosos viviremos,
Y en él reposaremos
Sin penas ni temor;
Pues nuestros caros hijos
Con manos placenteras
Pondrán adormideras
A nuestro alrededor.

Asi por un camino
Cubierto de verdura
La paz y la ventura
Vendremos á encontrar;
Logrando sin fatiga
Despues de nuestra muerte
La misma feliz suerte
En otro mundo hallar.



CARTAS Á EMILIA

SOBRE

LA MITOLOGIA.



CARTA LIX.

LOS INFIERNOS.

Querida Emilia: anticipo á V. la noticia de que vamos á hacer juntos un viaje á los infiernos.

Cualquiera otra, al disponerse para este viaje, se veria precisada á llevar consigo un ramo de oro* para ofrecérsele en homenaje á la reina de los muertos, ó al menos una torta para adormecer al Cerbero; mas V. no tiene ne-

* Eneida, lib. VI.

cesidad de semejantes precauciones: tan solo vuestra presencia os servirá de pasaporte.

Cúbrase V. sin embargo, antes de partir, con un ligero velo: la prudencia, mas bien que la modestia, así lo exige. En efecto,

Si Pluton viera sin velo
La belleza peregrina
De mi amiga, yo recelo
Que su esposa Proserpina
Nos echára de su suelo.

Es forzoso evitar tan desagradable contratiempo; mas ahora que ha encubierto V. sus atractivos, podemos partir sin temor.

Esos campos y bosques que se ofrecen á nuestra vista son las tierras de Campania: mas allá, cerca de esta montaña y del centro de aquel lago, circundado de cipreses, ¿no vé V. salir de tiempo en tiempo un humo espeso que deja divisar algunas chispas? Pues ese lago, cuyas aguas son mortales, se halla cerca del Averno, antro sulfúrico y sombrío que vomita esos negros torrentes de vapor infernal, y sirve de entrada á la mansion de los muertos.

Repárese V. en esos árboles despojados de hoja, y en estos pájaros muertos ó moribundos esparcidos por sus abrasadoras orillas. Tal es el efecto que causan las exhalaciones del negro Tártaro: el ser que las respira, respira la muerte, y los árboles que le circundan cubren la tierra con sus hojas disecadas.

Mas este negro vapor
Ningun mal ha de causaros,
Sin temor podeis llegaros,
Que la virtud y el pudor
Disipan constantemente
Cualquier aire pestilente.

Ya lo veis, Emilia; á vuestra llegada el vapor infernal se desvanece, la sima deja de vomitar llamas, y nos presenta un camino cómodo, si bien un poco sombrío.

Por él sin ver á nadie marcharemos,
A tuestas y sin luz caminaremos;
Mas no te de cuidado,
Ni temas lance alguno desgraciado,
Pues en estas recónditas regiones
No salen al camino los ladrones.

¿No advierte V. al bajar como el camino da vueltas sobre sí mismo, aumentando por grados la inclinacion de su pendiente? Aproxímese V. enlazaremos

nuestros brazos para formar entre los dos un sér compacto que resista mejor este declive peligroso. Mas ya vuestra respiracion se agita, vuestro seno se dilata, y vuestro corazon palpita junto al mio.... ah! detengámonos un instante. Cada paso en estos lugares me trae á la memoria un plácido recuerdo.

Hércules con pasos triunfantes atravesó con rapidez estas tinieblas, cargado con los preciosos restos de la bella Alceste, que por su caro Admeto se habia entregado en brazos de la Muerte, y reunió á la esposa mas generosa con el esposo mas querido.

Por aquí se dirigió el piadoso Eneas con calma é intrepidez á la morada feliz que habitan sus antepasados, para gozar de su presencia, ser testigo de sus virtuosos entretenimientos, y consultar á su sabiduría sobre los altos destinos de su naciente imperio.

Mas allá, aprovechándose Orfeo de las tinieblas que no le permitian ver á su cara Eurídice, la apretaba en silencio contra su seno palpitante. Pero apenas vió la luz, una sola mirada hizo desaparecer su dicha, y la sombra de

Eurídice volvió viuda y desconsolada á la mansion de Aqueronte, sin que haya vuelto á salir de su dominio.

Acaso algun dia enterneceré á V. con la historia de estos ilustres desgraciados. Pero el tiempo se pasa: prosigamos.

Ya distingo á lo lejos una débil y triste claridad, y aun me parece que se divisan las riberas del Aqueronte, cubiertas de álamos. Hércules, antes de bajar á los infiernos, se ciñó la frente con un ramo de álamo blanco, pero el humo del Tártaro ennegreció el exterior de las hojas; y cuando el héroe volvió á repasar la laguna Éstigia plantó el ramo que le habia servido de corona á orillas del Aqueronte y produjo esos árboles, cuyas hojas, blancas por un lado, presentan por el otro un verde oscuro y sombrío.

El Aqueronte no siempre ha serpenteado por la morada de los muertos. Hijo del Sol y de la Tierra se paseaba el cristal de sus ondas por en medio de bosques y praderas. Iluminado con las miradas paternales, recorría los dominios mas risueños de su madre; pero abusó de estas ventajas apagando la sed

de los Titanes cuando escalaban los cielos; y para castigar los dioses esta perfidia le precipitaron en los Infiernos, donde corren sus aguas encenagadas hasta perderse en la laguna Estigia.

Esta laguna rodea nueve veces á los Infiernos. Sus aguas son tan acres y mordicantes que roen los metales mas duros, y ninguna vasija puede contenerlas. Se asegura que Estigia debe su ser á Tetis y al Océano. Tuvo del Aqueronte una hija célebre llamada Victoria, la que desde el principio del mundo ha hecho la conquista de todos los paises y de todos los héroes. Sus adoradores la edificaron muchos templos en Grecia é Italia. Hé aquí las propiedades y atributos que la dieron, los mismos con que hoy dia se representa.

Su rostro floreciente

Le anima la sonrisa majestuosa;

Sobre globo moviente

La punta de su pie blando reposa;

Y sus alas ligeras agitando

A la Inmortalidad marcha volando.

Con una mano sienta

El nombre de sus héroes amados;

Con otra les presenta

La palma y el oliyo entrelazados,

Y así nos manifiesta que la Gloria

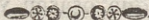
Es fruto de la Paz y la Victoria.

Habiendo quitado un rayo las alas de una estatua que se le habia erigido en Roma, y queriendo Pompeyo desvanecer la impresion que semejante acontecimiento habia causado en el pueblo, exclamó: 'Romanos, los dioses han cortado las alas de la Victoria, y ya no puede marchársenos.' Pero volvamos á hablar de su madre.

Estigia descubrió á Júpiter la conjuracion que tramaban los Titanes para destronarle: el monarca celeste desconcertó su maquinacion, y la Victoria secundó tan bien sus proyectos que todos los Titanes fueron exterminados. Júpiter, para récompensar el servicio de Estigia y el de su hija, decretó que en adelante juraran siempre los dioses por su nombre, y que aquellos que osasen violar el juramento fueran desterrados por diez años de la corte celeste, y privados del nectar y ambrosía. Parece sin embargo que hay una excepcion para los juramentos amorosos, á causa del mucho uso que de ellos hacen los dioses, y aun los mortales.

Los votos cara á cara prodigados
Comunican valor á los amantes
Que no saben hablar ni estar callados.

En el cielo no pasan dos instantes
 Sin oír algún otro juramento
 Que prodigan los dioses inconstantes.
 Jove, de madrugada soñoliento,
 La constancia y amor á Juno jura
 Por costumbre, por moda ó cumplimento,
 Mas despues, en desquite, se apresura
 A jurar su cariño y su firmeza
 A Cibeles, ¡qué pérfida impostura!
 El dios Marte depone su fiereza
 Y encarece con tímidos acentos
 A la diosa de Pafos su terneza.
 Pero yo, sin pensar en juramentos,
 Cuando logro por fin estar contigo,
 Aprovecho tan críticos momentos
 En mostrar que te adoro y soy amigo.



CARTA LX.**CARON.**

Aquel viejo nauclero que, sentado en un fragil barquichuelo, surca las aguas de la Estigia, pasando sin cesar de un lado al otro, es el avaro Caron, hijo de el Erebo y de la Noche. Su frente calva y rugosa, su blanca y erizada barba, sus ojos hundidos por los años, su mirar sombrío y penetrante, sus miembros descarnados aunque nerviosos, y las negras vestiduras que cubren su cuerpo disecado, inspiran á un mismo tiempo el disgusto y el terror. Este viejo taimado, antes de trasportar las sombras á la ribera de los Infiernos, exige de cada una de ellas un óbolo al menos por la travesía. Cada pasajero lleva un óbolo en su boca, donde le han depositado sus parientes al tiempo de enterarle, y se le presenta al avaro nauclero, quien examina si es de peso. Muchos pasajeros le presentan al mismo tiempo

un pasaporte concebido en estos términos: 'Yo el infrascrito..... cura párroco, certifico que el portador ha sido de buena vida y costumbres: que sus manes en paz descansen.' Caron acoge con gusto á cuantos le presentan el óbolo sin pasaporte; pero á los que le presentan el pasaporte sin óbolo les dice:

¿El ser buenos alegais?

Yo tambien soy complaciente;

O pagad el contingente,

O en mi barco no pasais.

En la Nota demostrais

Vuestro proceder honroso;

Mas yo, sin ser ambicioso,

Quisiera mejor dinero,

Pues quien no paga primero

No puede ser virtuoso.

La barca del nauclero de los Infiernos se compone únicamente de cortezas de árbol: tan fragil contestura es muy suficiente para los pasajeros á quienes se ha destinado, pues ya se sabe que no hay cosa mas ligera que los espíritus. Sin embargo, suele haber alguno que otro espíritu de filósofo, ó de algun héroe, ó de un nuevo favorito de Plúto, ó quizá de un amante de las Musas, que él solo pesa tanto como dos cuerpos,

y por lo mismo bien podremos pasar los dos la Estigia sin peligro.

Lleguemos..... pero no: deten, espera.

¿Quién es aquella sombra desmedida,

Con un manto de armiño revestida,

Que veloz se dirige á la ribera?

¡Un decano de médicos doctores!....

Dejémosle pasar, que por su ciencia

Tendrá sobre nosotros preferencia.

Evitemos, Emilia, sus rencores.

Ya parece que llega, y el nauclero

Le saluda con aire respetuoso;

Jamas á Caron vi tan cariñoso:

Oigamos lo que dice al pasajero.

«Entrad, señor doctor, en la barquilla;

»Con vos no quiero ser interesado:

»Vuestra ciencia conmigo se ha portado

»Llenándome de sombras esta orilla.

»Y ya que mejorásteis mi fortuna

»Mandando, sin cesar, del otro mundo

»Al robusto, al anciano, al moribundo,

»De balde pasareis esta laguna.»

Ya el doctor se ha embarcado, y vuela á reunirse con sus enfermos..... Pero allí se distingue una sombra afligida que, despojada de su mortaja, se dirige llorando hácia nosotros..... Ah! es un anciano pobre que sin duda no tendrá para pagar al avaro Caron el óbolo que exige de cada pasajero, y anda errante por la playa. Paguemos con nuestra travesía la de este desven-

turado, é invitémosle á que nos cuente sus infortunios durante la navegacion. Apresuremos el paso, que ya veo en la barca un egipcio, un griego y un romano; ocuparemos los dos puestos que restan, y haremos sentar entre nosotros á este pobre anciano. El reconocimiento brilla en sus ojos; sus continuados suspiros nos indican que quiere participarnos sus infortunios: oigamos.

El anciano.

Tuve la dicha de nacer á las inmediaciones de la soberbia Memphis, de unos padres pobres y virtuosos, siendo muy jóven todavía cuando heredé sus virtudes y felicidad. Pero habiendo tenido en adelante la desgracia de amontonar riquezas, abusaron de mi debilidad los amigos de mi opulencia, y por medio de empréstitos que halagaban mi vanidad, me redujeron en poco tiempo á la miseria. Habia nacido pobre y feliz, y he muerto pobre y desgraciado.

Mis hijos me embalsamaron con los perfumes que la piedad de algunos ve-

cinos caritativos les proporcionó, y colocaron en mi boca el último óbolo que les quedaba, conduciéndome en seguida á orillas del lago *Aquerusia*, donde tres jueces imparciales hicieron un severo exámen de mi vida, y, no habiendo encontrado en mis acciones sino mucha debilidad y hombria de bien, me declararon digno del honor de ser sepultado. Asi es que mientras arrojaban en la profunda sima del *Tártaro* * el cuerpo de uno de mis falsos amigos, el mio fué presentado al barquero *Querrou*, el que, atravesando el lago, trasportaba los muertos virtuosos á la ribera del *Elisou*. Allí debia ser yo depositado en un féretro de piedra, y mis hijos, despues de arrojar sobre mi cuerpo tres capas de arena, hubieran cerrado mi sepulcro, diciéndome por tres veces Adios, si en el instante mismo en que el barquero me recibia no se hubiese presentado un acreedor á demandar mi cuer-

* Es preciso notar en esta narracion el bosquejo histórico de la fábula de los Infiernos. En él se hace mencion del Tártaro, se nombra al Aqueronte en *Aquerusia*, á Caron en *Querrou*, y al Eliseo en *Elisou*, etc.

po á los jueces, quienes, segun la ley, se le concedieron en pago de su crédito. Este hombre insensible, llevándome consigo, me despojó inmediatamente de las fajas perfumadas que me rodeaban, y hasta me arrancó de la boca el óbolo destinado á pagar mi travesía. Desde esta época mi sombra errante por las orillas de la Estigia ha sufrido la suerte de los criminales ó desgraciados, á quienes la ley ó la miseria ha privado de los honores de sepultura.

El egipcio.

Yo tambien habitaba, como vos, el risueño clima del Egipto, viéndome acariciado del Amor y favorecido de la Fortuna desde mi mas tierna juventud. Pero esta era demasiada felicidad para un mortal, y la Parca cerrando su tijera cortó el hilo brillante que sostenia mi existencia. Al punto mi esposa, padres y amigos se cubrieron con largas vestiduras de color amarillento, semejante al de las hojas agostadas, emblema de nuestra fragil existencia, y por espacio de cuarenta dias se abstuvieron del baño,

de los placeres de la mesa y de los favores del himeneo. Algunos parientes míos vinieron de Etiopía, cubiertos con mantos de color ceniciento; otros, que habitaban las cercanías del monte Caucasó, acompañaron mi pompa fúnebre coronados de guirnaldas, adornados con trage de fiesta, y precedidos de instrumentos músicos, al son de los cuales danzaban y entonaban cánticos de alegría. A mi nacimiento se habían vestido de luto, y se engalanaban á mi muerte por verme ya libre de los hierros de la vida.

Después de la sentencia de los tres jueces, que me fué favorable, me acabaron de embalsamar, poniéndome ricas vestiduras de oro y seda, y conduciéndome en triunfo á la casa de mis padres. Allí, colocado mi cuerpo sobre un féretro descubierto, estoy sin cesar á la vista de mi familia. ¡Feliz si semejante vista no la recuerda sino sentimientos de ternura y ejemplos de virtud!

El griego.

Mis despojos mortales no se hallan

expuestos á la vista de mi familia; pero descansan honrosamente en la tumba de los héroes, y mi nombre, grabado en bronce, es al presente inmortal.

Perecí sobre mi escudo combatiendo por mi patria, y apenas mi cuerpo fué trasladado á la ciudad de Atenas, le cubrieron de perfumes mis conciudadanos, y mis parientes cortándose los cabellos los arrojaron sobre mi lecho funeral. Algunos de mis amigos, venidos de Esparta, cortaron tambien las crines á sus caballos y las esparcieron por donde habia de pasar la pompa fúnebre: no lloraban, pero ensalzaban sin cesar mi valor. Las mujeres que me acompañaban cubrian su cabeza con un velo blanco, que tocaba en la tierra: asi fuí llevado en triunfo sobre una carroza hasta llegar al barrio Cerámico, donde me sepultaron en el glorioso monumento que encierra lo que los semi-dioses tuvieron de mortal.

El romano.

¡Ah, tu suerte es envidiable! Atenas reverencia tu sepulcro, y Roma acaso

hubiera violado el mio si, para evitar semejante sacrilegio *, no hubiese ordenado en mi testamento que mi cuerpo se incendiase en una pira.

¡Ay de mí! Si la suerte favorable me hubiera hecho nacer en la oscuridad, un sueño tranquilo terminára mi carrera, y mi muerte hubiese sido la imágen de mi vida. Mis parientes y vecinos, despues de cerrarme los ojos, me hubieran colocado al umbral de mi puerta, vestido simplemente con una túnica blanca, y á la sombra de una rama de pino. Al tercer dia ** me hubiesen conducido sin pompa sobre un féretro descubierto hasta el lugar de mi sepultura; allí recogiendo en pequeñas redomas *** las lágrimas sinceras que solo se vierten por sus

* Los primeros romanos sepultaban los cadáveres, y se asegura que la costumbre de quemarlos no tuvo origen hasta despues que algunos sepulcros fueron violados. Los ciudadanos oscuros, menos expuestos á tales ultrages, eran casi los únicos que se sepultaban.

** Los ciudadanos principales estaban expuestos siete dias; los demas mucho menos; y aunque aqui supongo tres dias, pueden suponerse menos.

*** Estas redomas se llamaban *Lacrimatorios*, de la palabra latina *Lacryma*, lágrima.

semejantes, las hubieran encerrado conmigo en una tumba de piedra ó arcilla, colocando á mis pies una lámpara encendida, afectuoso emblema de su amistad, que no se habia extinguido con mi muerte. Asi reposaria tranquilo en una apacible oscuridad; y cuando nuestros nietos abriesen un dia mi sencilla tumba, encontrarian en ella estos piadosos monumentos de la Amistad, exclamando cubiertos de lágrimas: aquí reposan los restos de un venturoso.

Pero nací para las grandezas; y la Fortuna, colocándome á la vez á la cabeza del Senado y del Ejército, me atrajo mil envidiosos, sin granjearme un solo amigo. En el acto de espirar, uno de mis parientes me dió, segun costumbre, el último beso: si en él hubiera tenido parte la sinceridad, acaso mi último suspiro me hubiera sido mas agradable. Mis hijos, apenas dejé de existir, cerraron mi boca y ojos para dar á mi muerte la apariencia de un sueño; una turba numerosa rodeó en seguida mi lecho, y en tanto que los músicos sonaban sus trompetas, se me llamó á gritos por tres veces, para ver si dormia; pero mi

sueño era eterno, y ninguno deseaba de corazón que despertase.

Cuando estuvieron seguros de mi muerte, entregaron los libitinarios* mi cuerpo á los barruntas, quienes le lavaron, embalsamaron y revistieron por última vez con los vanos adornos de mis pasadas dignidades. En este estado me expusieron por siete dias á la vista del público bajo el pórtico de mi palacio. Me habian circundado de cipreses, y dos sacerdotes, colocados al lado de mi cuerpo, apartaban con una gasa los insectos que mi corrupcion ó los perfumes atraían.

El séptimo dia por la mañana pregonó mi entierro un heraldo en las plazas públicas. El pueblo corrió en tropel; los oficiales y senadores condujeron mi lecho fúnebre, en el que aparecía yo coronado de narcisos; los soldados y lictores me precedían, llevando sus armas y fasces inclinadas.

A mi izquierda llevaba dos mímicos**,

* Oficiales públicos encargados de la direccion de los funerales.

** No era fijo el número de estos, pero aqui supongo dos por la doble dignidad del personage.

el uno vestido de cónsul y el otro de general. Imitaban mi aire, mi modo de andar, mis gestos, y hasta mis ridiculeces. Sus ademanes, destinados á excitar la sensibilidad de mis amigos, incitaban la maligna sonrisa de mis enemigos. A mi derecha una plañidera *, imitando al natural cuanto el dolor tiene en sí de lastimoso, fingia arrancarse los cabellos, se desgarraba los vestidos, daba espantosos gritos, y vertía lágrimas venales, las únicas ¡ay de mí! que corrían en los funerales de un cónsul. Mis hijos, vestidos de negro, y mi esposa é hijas, cubiertas con velos blancos, me acompañaban rodeadas de mis libertos que llevaban el gorro de la libertad, y de algun otro cliente, á quien habia defendido en mi juventud. Una música lúgubre, acompañada de cánticos fúnebres, cerraba la marcha.

Rodeado de este numeroso acompañamiento, me condujeron á la plaza Romana, donde un orador pronunció mi panegírico, mezclando en él irónicas ala-

* Lloronas, mugeres encargadas de llorar en los duelos.

banzas, que el pueblo aplaudió con entusiasmo; y en seguida me llevaron al campo de Marte.

En él se elevaba una pira cuadrada, compuesta de ramas de tejo, de cedro y de pino, sobre la que me colocaron con el rostro mirando al cielo. Habian cubierto mi cuerpo con una capa de amianto, para que mis cenizas no se mezclasen y confundiesen con las de la pira; pero antes de prenderla fuego me abrió los ojos, para que mirase al cielo por última vez, aquel mismo pariente que me los habia cerrado al tiempo de mi muerte, y colocó debajo de mi lengua el óbolo destinado al nauclero de los Infiernos. Entonces mis parientes, amigos y libertos se retiraron, y los sepultureros prendieron fuego á la pira.

Apenas la llama comenzó á elevarse, cuando los sollozos, los gritos y la música formaron un concierto lúgubre y disonante: los sacerdotes inmolaron un toro y algunos corderos negros, arrojándolos á la hoguera para apaciguar mis manes; y aunque no se inmolaron esclavos como en tiempo de mis antepasados, combatieron los gladiadores, é

hicieron correr en honor mio algunas gotas de sangre que habian vendido á mis herederos.

Luego que el fuego de la pira estuvo casi apagado, arrojaron en ella los sacerdotes inciensos y perfumes; recogieron despues mis cenizas, y los restos de mi cuerpo, que el amianto habia conservado, los lavaron con leche y vino, y asi los depositaron en una urna de oro coronada de cipres.

Entonces el gran sacerdote tomó un tizon del altar del sacrificio, y le apagó en una vasija llena de agua*: sumergió en seguida en la misma agua una rama de olivo, y roció con ella á los circustantes, para purificarlos de las manchas que hubieran podido contraer por medio del roce, hedor ó aspecto de mi cuerpo. La plañidera mayor, en fin, pronunció tristemente estas palabras: *ya podeis retiraros*; y mis parientes exclamaron por tres veces: *Adios: cuando el destino lo mande te iremos á hacer compañía.*

* De este modo se hacia el agua lustral, en la que solian echar á veces un poco de sal.

Al siguiente dia elevaron en el mismo sitio en que mi cuerpo habia sido quemado una ara de cesp ed, sobre la que colocaron mi urna. Allí, conducida mi familia por la costumbre, vino algunos dias  a esparcir flores y quemar inciensos: combatieron algunos atletas, y mis parientes establecieron carreras de carros, cuyo límite era mi altar fúnebre. El pueblo, atraido por la diversion, visitó por algun tiempo mi sepulcro, acordándose aun de mí; pero desde que las fiestas concluyeron, dejó el pueblo de visitarme, y mi nombre duerme con mis cenizas en la tumba de mis antepasados....”

Mas ya nos acercamos  a la orilla; oigo los triples ladridos del Cerbero, y veo asomadas en su caverna sus tres erizadas cabezas de serpiente. Este monstruo, fruto de los amores de Echidna * y del gigante Tyfon, amenaza con sus tres bocas  a cuantos viajeros se acercan

* Este nombre significa Hydra ó Reptil. Echidna, segun dicen, era medio mujer y medio serpiente: se creen hijos suyos los monstruos mas célebres de la antigüedad, tales como la Quimera, la Hydra de Lerna, etc.

al palacio de Pluton; pero sus amenazas
no se dirigen á V.

Caminemos: ¿por ventura
El guardian fiero y horrible
De aquesta mansion oscura,
Habrá de ser insensible
A vista de la Hermosura?
Penetrar seguro espero
Por su negra oscuridad;
Pues si bien el Can Cerbero
Con las Sombras es severo,
Respeta la Realidad.

C A R T A L X I .

PÍRAMO Y TISBE.

Ya nos encontramos á las puertas del palacio de Pluton; y el terrible Cerbero, en vez de amenazaros, baja respetuosamente sus tres cabezas, y quiere lamer vuestros pies delicados.

Mas ya que nos agrada tan poco la confusion, dejemos pasar estas sombras nobles y orgullosas que vuelan con rapidez al palacio infernal, y vamos á contemplar á aquellas almas inocentes que están en el camino, y que, demasiado jóvenes todavía, revoletean sin poder avanzar.

Acontece en el mundo de los muertos
Lo que en nuestra morada:
Los Vicios, con sus galas encubiertos,
En la corte consiguen franca entrada;
En tanto que la cándida Inocencia
Espera en el camino con paciencia.

Ved un poco mas lejos aquellas sombras pálidas y temerosas que parece tratan de huir de los Remordimientos que las rodean.

Estos son los mortales desgraciados
 Que buscaron su fin desesperados,
 Sin saber que la Patria y que Natura
 Miraban con horror su vil locura.

Hoy dia, de sus culpas pesarosos,
 Se muestran taciturnos y llorosos,
 Buscando con ardor en los abismos
 La luz que despreciaron ellos mismos.

En la tierra se vieron consolados;
 Mas aqui, á su dolor abandonados,
 Quisieran encontrar para reposo
 Los brazos de un amigo cariñoso.

Pero ¿qué dulces gemidos se prolongán bajo la sombra melancólica de aquellos mirtos amorosos? ¿Qué interesante palidez cubre el rostro de estas figuras colocadas en este sitio cual flores sobre sus ramas? ¿Qué suave languidez en sus miradas! ¿cómo se agita su pecho con los suspiros que disecan sus labios descoloridos! Ah! todos ellos murieron de amor..... — ¿De amor? decís; bien sé que en otro tiempo se vivia por él, pero ignoraba que hoy dia se muriese.... — ¿Lo ignorais, incrédula? ¿necesitais de ejemplos para darme crédito? Pues bien, comenzaré por el de Piramo y Tisbe, los mismos que están sentados al pie de aquel venerable mirto.

En gustos y edad iguales,
Y de su niñez testigos,
Eran ya fieles amigos
En su tierna pubertad.

Pero ya los dos sabemos
Que los amigos constantes
Se convierten en amantes
A quince años de amistad.

Píramo y Tisbe lo supieron antes que nosotros; y el odio, que hacia tiempo dividia á sus familias, lejos de alterar su union, la hizo tanto mas íntima cuanto mas secreta.

Y en tanto que sus parientes
Odio y muerte se juraban,
Y de injurias se llenaban
Cada vez mas insolentes;
Con miradas penetrantes
Se entendian los amantes,
Cual un rayo de luz pura
Traspasa la nube oscura.

Pero en el momento mismo que la Noche cubria con su manto al Odio y la Amistad, Píramo y Tisbe se dirigian furtivamente al pie de un viejo muro que separaba los jardines de sus padres.

Aquí, en el cercado enmohecido,
El Tiempo destructor y pasagero,
Tratando de agradar al dios Cupido,
Abrió con su guadaña un agujero,
Por el cual los amantes se veían,
Y constancia y amor se prometían.

V.

C

La grata persuasion, la confianza,
 El lenguaje sencillo y elocuente,
 Los suspiros, consuelos y esperanza,
 Por la brecha pasaban mutuamente;
 Mas ¡ay! un solo beso de ternura
 Jamas pudo pasar por la abertura.

Irritados con tal impedimento,
 Exclamaban los jóvenes amados;
 «¡Qué! ¡nunca gozaremos un contento,

»Y habremos de vivir sobresaltados,

»Sufriendo de la suerte los rigores

»En medio de zozobras y temores!

»Nuestros padres se muestran vengativos

»En tanto que nosotros nos amamos,

»Y ¿Podrán los Amores compasivos

»Con el Odio vivir?... ¡Ah! no; huyamos.

»Mañana, al despuntar la luz naciente,

»Al moral partiremos de la fuente.»

Apenas hubo el Alba despertado,
 Cuando Tisbe á la cita concurría.

Un león, de la sed atormentado,

Sus pasos á la fuente dirigía,

Y Tisbe, cuando vió venir la fiera,

Temiendo su furor, huyó ligera.

Su velo, por el aire desprendido,

Quedó sin recojer en la llanura;

El monstruo, de la rabia poseído,

Haciendo ostentacion de su bravura,

Al ver aquel objeto se enfurece,

Le rompe, le desgarrá, y desaparece.

Ya Piramo, que viene presuroso,

Y en busca de su amada se presenta,

Con paso vacilante y temeroso

La soledad recorre... se impacienta,

Suspira de dolor, baja los ojos,

Y del velo divisa los despojos.

¡La gasa que tejieron los amores
 Por un monstruo feroz despedazada,

Y presa de las garras y furores
 La prenda tantas veces respetada!...
 ¡Cual Piramo se turba en tal instante
 El velo conociendo de su amante!

«Si Tisbe feneció, ¡cómo no muero,
 »Siendo yo quien le roba la existencia!
 »¿Por qué fatalidad el hado fiero
 »Tan tarde me condujo á su presencia?
 »¡Ah, Tisbe! tú esperabas impaciente,
 »Y en la tumba me aguardas al presente.

«Allá voy en tu busca, Tisbe amada,
 »Pues nuestros corazones han de hallarse
 »Otra vez en la plácida morada,
 »Y allí no volverán á separarse.»
 Asi dijo; se hiere, desfallece,
 Y Aurora con su sangre se enrojece.

Ya Febo su carrera comenzaba,
 Cuando Tisbe dudosa y vacilante
 El oculto recinto abandonaba:
 Con paso temeroso y zozobran-
 te se dirige al moral, la fuente observa;
 Mas ¿qué bulto distingue entre la yerba?

Por Amor avivado su deseo,
 A salir de la duda se apresura:
 «Es Piramo, así dice, ya le veo.
 »¿Dormirá, Dios eterno, por ventura?
 »¡Ah! Piramo: despierta....» y el amante
 Le contesta con voz agonizante:

«¿Eres tú, bella Tisbe, quien me nombra?
 »Tu acento reconozco por lo tierno;
 »¡Infeliz! ¡yo creía que tu sombra
 »Esperaba la mía en el Averno!....
 »Allá me dirigía para hallarte:

»Y ¡soy yo quien debía de aguardarte!»
 Sus ojos, hasta entonces no cerrados,
 De sombras y de luto se cubrieron;
 En vano, de la Muerte rodeados,
 A Tisbe entre las sombras ver quisieron:

Aun existe.... la siente que suspira,
Se aumenta su dolor.... y al fin espira.

Ya Tisbe, de seguirle deseosa,
Su pecho traspasó con el acero,
Cayendo sobre Píramo gozosa
Para darle el abrazo postrimero:
Y de sus corazones siempre unidos
Se confunden los últimos latidos.

Concluyó su existencia desgraciada,
Y con ella sus penas y dolores,
Habitando al presente la morada
En que vive la Paz con los Amores;
Y sus cuerpos reposan blandamente
Debajo del moral junto á la fuente.

El árbol, cuyo tronco está regado
Con la sangre vertida por ternura,
Trasformando su fruto en encarnado,
Aumenta de las moras la dulzura,
Y ofrecen al mortal con arrogancia
El simbolo de amor y de constancia.

¡Ay Emilia! si un día nuestra mano
Con el jugo de mora se manchára,
Nuestro pecho sensible al par que humano
A Píramo y á Tisbe recordára,
Y los dos verteríamos en tanto
A su grata memoria tierno llanto.

A ejemplo de esta catástrofe amorosa pudiera añadir la de Céfalo y Procris, la de Hero y Leandro, la de....; pero no quisiera desaveniros con el Amor por miedo al contagio, aunque bien puede estar V. tranquila, porque semejante epidemia no ataca mas que á los hombres.

La mujer del contagio se halla exenta ;
Mas otra mayor plaga experimenta :
Víctima de la moda y coquetismo ,
Los Celos la conducen al abismo ;
De ciega vanidad y de amor propio
Encierran sus sentidos grande acopio :
La ponzoña del odio mas terrible ,
Y la hiel de la envidia aborrecible
Del corazon agrian los deseos ,
Y abortan los placeres y recreos .
Asi , bella mujer , pasa ligera
De tus años la grata primavera .

El espejo , secreto confidente
De las gracias que gozas al presente ,
A tus ojos ofrece todavía
De Venus y de Amor la lozania ;
Mas Venus con los años desaparece ,
Y tambien el Amor se desvanece .
Entonces ¡ ay de ti ! sin hermosura
La victima serás de tu amargura ;
Seguirla intentarás sin lograr nada ;
Y al verte del Amor abandonada ,
Sin gracias , sin encanto ni belleza ,
Morirás á los treinta de tristeza .

Advirtiéndolo, sin embargo, que esta consunción solo ataca á las mujeres presumidas, y que perdona, inclusa V., á una centésima parte de vuestro sexo. El carácter de estas mujeres escogidas posee no sé qué atractivo irresistible, del que no se puede libertar el hombre sábio. Ahora en este mismo instante la veo á V. rodeada de la tropa de héroes que guardan el palacio de Pluton: estos

guerreros, en quienes inocentemente se fijan vuestras miradas, perdieron su vida combatiendo por la patria, y Pluton ha formado de ellos su guardia de honor.

A través de la línea que forman distinguirá V. á su izquierda los negros vapores del Tártaro, y á su derecha el azul de los Campos Elíseos; pero antes de recorrerlos entremos á visitar el palacio del monarca de los Infiernos.

¡Qué profundo silencio! ¡qué pálido resplandor ilumina estas perpetuas tinieblas!

Ocupa este hemisferio
 La hija por el Caos engendada,
 Esa Noche, que siempre del Misterio
 O del Miedo y Temor va acompañada;
 Que á veces favorece
 Los ocultos designios del malvado,
 Y con su negro manto le guarece,
 Dejando al inocente abandonado.
 Quiso Jove severo
 Un dia poner fin á sus horrores;
 Mas detuvo su brazo justiciero
 Por solo complacer á los Amores.

La Noche camina á veces sentada en su carroza de ébano conducida por dos caballos negros, y otras recorre su imperio con vuelo rápido y silencioso. Bajo sus dilatadas alas se divisan sus

brazos, sosteniendo el uno un manojo de adormideras, y el otro una antorcha inclinada próxima á apagarse. El Sueño y la Muerte van á su lado; y debajo de los flotantes pliegues de su gasa, sembrada de estrellas, revoletean las ligeras Fantasmas y los fugitivos Sueños, recreándose en halagar el seno de su madre. Sin embargo, aquí no se ve más que una pequeña parte de su numerosa familia, pues el resto se halla incesantemente ocupado en la Tierra.

La Discordia, el mas temido de sus hijos, con semblante lívido, boca espumosa, cubierta de serpientes su cabeza, rodeada su frente de fajas ensangrentadas, vestida de trapos color de fuego, y sosteniendo en sus descarnadas manos víboras y teas encendidas, lleva delante de sí al Espanto, por el que juran los siete caudillos *, delante de Tebas, la ruina de esta ciudad desventurada: ese Espanto á quien los romanos, puestos en derrota, elevaron altares, consiguiendo en seguida la victoria **. Su cabeza de leon se eriza al menor ruido;

* Esquilo.

** Tito Libio, lib. 2.º

su vestido, variable como su corazón, flota sobre su pecho agitado, y las alas que adornan sus pies hacen mas rápida su fuga. Bajo sus plantas se arrastra la Palidez con vista esquiva, cabellos desmelenados y facciones alteradas, participando tambien de su culto y altares.

Sigue la Mentira, con ojos atravesados y sonrisa maligna, conduciendo al Fraude, cuya cabeza de mujer se sostiene sobre un cuerpo de serpiente que remata en cola de escorpion*.

Estos dos monstruos tienen mucha semejanza con esa bella mujer que con aire imponente y paso firme camina tras ellos, arrastrando por los cabellos á una doncella desconsolada.

De guía le sirvió Naturaleza,
 Imita en el vestir á la Hermosura,
 Embellecen sus labios la Impostura
 Con rasgos de Verdad y de Nobleza.
 A su voz la Sospecha se presenta,
 Aplica sus oidos la Ignorancia,
 La Envidia se sonrie con jactancia,
 Se calla la Razon ó se lamenta,
 Y espira la Inocencia marchitada;
 Y aunque muchos se duelen de su suerte,
 Ninguno la liberta de la muerte,
 Dejándola al Furor abandonada.

* Hesiodo.

¿Habeis ya conocido por ventura
Al monstruo mas horrendo é implacable,
Enemigo del Mérito apreciable,
Por las señas que doy de su figura?

Ah! siempre sus disfraces serán vanos,
Y á pesar de que oculta su guarida,
Al punto la Calumnia es conocida
Con solo conocer á dos humanos.

El Arrepentimiento, vestido de luto,
la sigue á lo lejos, conduciendo de la
mano al Dolor ó á la Tristeza, sus com-
pañeros constantes. Esta deidad som-
bría, cubierta con un largo velo, suele
llevar en sus manos una urna funeraria;
y sus ojos, tan pronto dirigidos al Cielo
como inclinados á la Tierra, parece que
piden al uno la felicidad que le ha ro-
bado, y á la otra el tesoro de que es
depositaria.

Detras de ella camina con lentitud su
jovencita hermana, cubierta de ligero
velo. Sus miradas indecisas y meditabun-
das ni se dirigen al Cielo ni á la Tierra:
en su propio corazon halla el consuelo,
dejándose embriagar con las delicias de
una lenta y dulce amargura. Tal es el
carácter de esta amable divinidad, á
quien he conocido y adoro por V.

Cuando mi Emilia rie
Mi tierno corazon tanto se engríe,

Que lleno de ternura
Se deja poseer de la Locura;
Mas siempre que sus ojos inclinados
Por el llanto de Amor están regados,
Adora el alma mia
A la tierna deidad Melancolía.

El ente desgraciado,
De males y desdichas rodeado,
Evita en su amargura
El Contento, el Placer y la Locura;
Y si cuando mas siente su despecho
Siguiera los impulsos de su pecho,
Con gozo abrazaria
A la tierna deidad Melancolía.

En varias ocasiones
Mi pecho, dominado de pasiones,
Encuentra su ventura
Dedicando un instante á la Locura;
Mas al lado de Emilia si estuviera
Un siglo de placer con gusto diera
Por habitar un dia
Con la tierna deidad Melancolía.

CARTA LXII.**PLUTON.**

Dirigid la vista á ese trono de metal, cuya gradería se ve cubierta de todas las plagas que afligen á la humanidad. ¿No distinguís allí un rostro amoratado, bajo cuyo entrecejo se asoman unos ojos llenos de fuego y amenazadores? Pues con estos rasgos reconocerá V. á Pluton, hermano de Júpiter y Neptuno, y monarca de los Infiernos. En su mano derecha sostiene una larga horquilla *, y en la otra la llave con que cierra las puertas de la Eternidad. Este tirano se halla coronado de narcisos, ébano ó ciprés: algunas veces se cubre con un casco que le hace invisible cuando, colocado en su carroza de ébano conducida por dos corceles negros, deja la mansion del Averno y recorre triunfante la morada del mortal.

* La de Pluton tiene dos dientes y la de Neptuno tres; por esto se le da el nombre de tridente.

A su lado se encuentra Proserpina, hija de Ceres, manifestando en su rostro el disgusto con que sostiene la corona. Ya recordará V. que fué robada por Pluton en Sicilia, á tiempo que se hallaba ocupada en recoger las flores del valle de Etna*. Este matrimonio, como casi todos los de corte, no produjo heredero alguno; siendo preciso advertir que Proserpina fué siempre fiel á su marido. Asi es que la infeliz, disgustada de su triste y solitaria inmortalidad, se decia frecuentemente entre sollozos:

«¿De qué sirven los vanos resplandores

»De titulos y honores

»Al lado de un esposo amortiguado?

»La pastora, cuidando su ganado,

»Libre de la ambicion y del deseo,

»Los placeres disfruta de Himeneo

»Con mas tranquilidad. En su cabaña

»La paz mas venturosa le acompaña;

»De sus amados hijos las caricias

»Le dan goces, placeres y delicias,

»Y no deja un momento

»La grata compañía del Contento.

»¡Qué se hicieron los tiempos de ventura

»En que, libre de penas y amargura,

»Recogian mis manos

»Las flores de los campos sicilianos!»

El acompañamiento que la rodea no

* Carta VIII.

es nada á propósito para distraerla de su melancolía. El Furor, el Odio, la Hipocresía, la Venganza, y la Traicion conspiran á su lado. Bien sé que tales personajes no faltan en corte alguna, y que en ellas se acomodan á las costumbres y política. No ignoro que allí el Furor se reconcentra con arte, se conduce con método, y amenaza con dignidad: que el Odio se muerde los labios con pérfida pero graciosa sonrisa: que la Hipocresía imita con perfeccion el semblante de la benevolencia y agrado: que la Traicion se presenta con el olivo en la mano y la ingenuidad en los labios; y que la Venganza oculta entre flores sus teas amortiguadas, y víboras amansadas.

Pero aquí el sangriento Furor desgarrar cuanto le rodea: vomita el Odio, entre torrentes de hiel, mil dardos emponzoñados: la Hipocresía se quita la máscara y descubre su semblante horrible: la Traicion está armada de centellas, puñales y venenos; y la Venganza se complace en escuchar los silbidos de sus víboras, contemplándolas al resplandor de sus antorchas sombrías.

En medio de este grupo infernal aparece la Muerte, favorita y ministro de Pluton. Una hoz ensangrentada adorna sus descarnadas manos, y un negro ropaje, sembrado de estrellas, cubre los huesos lustrosos de su lívido esqueleto. Esta divinidad implacable es la única, según Orfeo, á quien ni el mismo Pavor ha elevado jamás templos ni altares.

Y ¿no fuera bajeza
 Humillar á la Muerte su cabeza?
 Quien teme sus rencores
 En vano su furor calmar intenta;
 Y á bajeza tendrá pedir favores
 Aquel que despreciar su furia ostenta.

Pero volvamos á hablar de su soberano. Pluton tiene, como sus hermanos, una multitud de sobrenombres, que se derivan de su carácter ó atributos. Ved aquí los principales.

Los griegos le llamaban *Agésilaos*, porque nunca se ha reído.

Los latinos le denominaban *Februus*, de la voz *Februare*, hacer libaciones sobre los sepulcros, cuyas ceremonias se celebraban el segundo mes del año, y por esto aun conserva el nombre de Febrero.

Tambien le llamaban *Summanus*, soberano de los Manes.

Se conocian tres especies de Manes, las almas de los muertos virtuosos: los Larvas ó genios malhechores de los malvados que, privados de sepultura, estaban condenados á vagar por la tierra, y aparecian de noche bajo distintas formas á ejemplo de nuestros aparecidos; y finalmente los dioses-Manes, encargados de la custodia de los sepulcros. Por eso encontramos frecuentemente sobre las tumbas de nuestros antepasados estas dos iniciales *D. M.*, que indican estas palabras: *Diis Manibus*, á los dioses-Manes, como encomendando á su vigilancia la sepultura del muerto.

A los dioses-Manes y á los Larvas se les inmolaban corderos negros; pero á los Manes de los amigos se les ofrecia leche, miel, vino y perfumes. Mas á pesar de esto, amiga mia, cuando la suerte ponga fin á mi frágil existencia,

No ofrezcas á los manes de tu amigo
Ni perfumes, ni leche, ni licores:
Practica solamente lo que digo:
Adorna mi sepulcro con las flores,
Planta erguido ciprés en verde alfombra,
Y ven á reposar bajo su sombra.

CARTA LXIII.**LAS PARCAS.**

Vamos á entrar en lo interior de esta caverna sombría excavada en esta roca: no se intimide V. al contemplar el aspecto de esas tres hermanas pálidas y descarnadas, que hilan silenciosamente al azulado resplandor de aquella lámpara: son las tres Parcas *, así llamadas por antifrasis, en cuanto á nadie perdonan. Unos autores las creen hijas de Júpiter y Temis, y otros les dan por madre á la Necesidad, que somete bajo su despotismo á los habitantes del universo. Nada es capaz de dulcificar ó retardar la ejecución de sus rigurosos decretos; ni la belleza, ni la juventud, ni la amistad, ni aun el Amor: mas cómo! si jamas le conocieron las infelices! Por esta causa visten una túnica blanca para atestiguar la pureza de su eterno celi-

* De la palabra latina *parcere*, perdonar.

bato. Mas, aunque su virginidad es seguramente el prototipo de todas las virginidades conocidas, no me merece grande estimacion, si el verdadero mérito del pudor consiste en haberse sabido salvar de los peligros á que se ha encontrado expuesto. Efectivamente,

A pesar de tesoro tan extraño
 ¿Qué mortal ha de ser tan atrevido
 Que quiera verse unido
 Con la Parca fatal en propio daño?

Una sola particularidad las hace para mí apreciables, y es que, siendo jóvenes, hermanas y malignas, jamas han tenido una desazon, y siempre han estado unidas desde el principio del mundo. Pero á esto contestan algunos murmuradores que como están incesantemente ocupadas en hacer mal, su perfecta union proviene de sus mismas ocupaciones.

Segun nos vamos acercando observe V. á Cloto, la mayor de las tres hermanas, única que se encuentra de pie, el brazo extendido, la cabeza levantada, y sosteniendo una rueca, cuyo copo es de lana blanca y negra con alguna que otra mezcla de oro y seda. Vea V. á su

V.

D

lado á Laquesis, dando vueltas al huso con su mano izquierda, y sosteniendo con la derecha el hilo frágil que se desliza de sus manos y que la impaciente Atropos corta con sus largas tijeras. Tal es, Emilia, el nacimiento, duracion y término de esta existencia, que sin cesar consagramos á la esperanza, y nunca á la realidad de la dicha.

¡Ah tierna y fiel amiga!

Vivamos siempre unidos,

Y nunca desunidos

Volvámonos á ver:

No dure la Esperanza

Hasta la tumba fría,

Y honremos cada día

Con un nuevo placer.

La Paz y los Amores

Nos den vida tranquila,

Mientras la Parca hila

Nuestro comun vivir;

Y cuando su tijera

Cortar un hilo intente,

Que deje prontamente

El otro de existir.

Por lo demas ya conocerá V. que este hilo no puede bastar para todos los mortales, pues si todos dependiéramos de un hilo mismo, bastaria una tijereta para privar de la existencia á todo el género humano. Por esto las tres her-

manas tienen un inmenso obrador, del que son las directoras, y en el que vamos á entrar para que V. admire la trama universal de nuestros destinos.

Tienda V. la vista por la profundidad de estas bóvedas sin fin, y repare en las triples hileras de mujeres, husos y ruecas: cada una de estas innumerables hilanderas tiene á su cargo un hilo particular, pues cada mortal tiene su Parca, á la que el Destino entrega un copo, del que hila hasta el momento en que Atropos, paseándose entre las hilanderas, corta los hilos que se le antojan sin reparar en colores. Algunas veces el hilo, por demasiado débil, se corta entre los mismos dedos de la Parca, y otras muchas deja de hilar, ya sea por hacer tiempo que está hilando, ó ya porque ha hilado muy de priesa; pues tanto los hielos de la edad como los fuegos de las pasiones consumen igualmente su copo.

Al contemplar estos hilos tan negros y bastos presumirá V. que se encuentra en medio de los copos destinados á la plebe; mas no es así, pues se halla V. en medio de los que se des-

tinan á los nobles y poderosos.

Pues Cloto, con maestría,
 Con oro y seda tejió
 Los dias que destinó
 A la humilde Medianía;
 Y por ajar la osadía
 De la Fortuna villana,
 Hila con la misma lana
 Los dias de la Pobreza
 Que aquellos de la Riqueza
 Mas erguida y mas ufana.

Con estos innumerables hilos urde
 el Destino la trama de la vida humana,
 en la que cada mortal sigue su hilo á la
 ventura.

A veces con los hilos del demente
 Se mezclan los del cuerdo inteligente;
 Los del docto instruido
 Con las hebras del necio presumido;
 Las del juez imparcial y justiciero
 Con los hilos del rico pendenciero;
 Y los del escritor que se desliza
 Con los del criticon que satiriza.

El noble cortesano
 Se confunde tambien con el villano;
 La pastora mas pobre y desaseada
 Se mira con los reyes enlazada;
 Y por fin el monarca poderoso
 Se junta, sin querer, al andrajoso.

En el raro telar de nuestra vida
 La trama de tal modo se ve urdida
 Que forman mil dibujos peregrinos
 Los hilos femeninos,

Cuyos bellos diseños y colores
 Les forman la Locura y los Amores.
 Los dos, en amistad inseparables,
 Bajo formas variadas y agradables
 Representan á nuestro entendimiento
 El poder de su mágico portento;
 Y haciendo ostentacion de su fiereza
 Contra nuestra flaqueza,
 O de hierros nos cargan y prisiones,
 O calman nuestros tiernos corazones,
 Causando las delicias y el contento
 A la vez del terrestre Firmamento.

Mas ¿quién será aquella Parca que entre sus pálidas y severas compañeras se sonrie, y cuyo semblante se anima considerando su obra? El hilo que sale de sus dedos es efectivamente mas precioso de lo que á primera vista parece: el oro brilla entre la seda.... ¡ay amiga! esta Parca me interesa: acerquémonos: voy á preguntarla.

¿Cuyas son, oh deidad inexorable,
 Esas hebras por vos tan bien hiladas?
 — De una bella mortal, jóven, amable,
 Cuyas gracias y plácidas miradas
 Comunican del nectar la dulzura,
 Y su pecho respira la ternura.

— ¿Su edad? — Al quinto lustro no ha llegado.
 — ¿Y se llama? — Emilia, segun creo.
 — ¡Qué nombre para mi tan respetado!....
 Mas ¡oh Parca! contenta mi deseo,
 Y dime por piedad: ¿quién hila ahora
 Los dias del amigo que la adora?

— Mi vecina, la cual está empeñada
 En que hilemos las dos en una rueca;
 Y acercando su huso la cuitada,
 Ambos hilos de tal manera trueca
 Que me cuesta no poco desunirlos,
 Y ella tiene placer en reunirlos.

— ¡Ah! nunca los desunás, Parecía mia;
 Si uno de ellos tan solo se rompiera,
 El otro, sin tener ya compañía,
 Con ansia buscaría tu tijera:
 Hilad juntas las dos, que los queridos
 Sienten grato placer en verse unidos.



CARTA LXIV.**PLUTO.**

¿Quién es aquel dios cojo y ciego que, bajo colgaduras cubiertas de oro y pedrería, y en trono de oro macizo, yace sepultado en el mas profundo sueño? Ah! su gordura monacal y estupidez diplomática * me le dan á conocer: es Pluto, dios de las riquezas. Algunos le creen hijo de Rhea y del Tiempo, sin duda porque el Tiempo sazona lentamente los tesoros en el seno de la Tierra; y otros aseguran que debe su origen á Ceres y Jasion, célebre agricultor, cuya opinion me agrada mas que la primera, pues la agricultura es sin duda alguna la verdadera fuente de las riquezas.

Cuando los hombres se reunieron en sociedad, ocupados casi todos en el cultivo de las artes y ciencias, y abandonando el de los tesoros de Ceres, fué

* Este epíteto merece hoy día alguna excepcion.

preciso crear riquezas ficticias que sirviesen á los habitantes de las ciudades para comprar las riquezas verdaderas de los habitantes del campo. Para efectuar este cambio se escogió entre los metales el oro, la plata y el cobre: Ceres se encargó de suministrar á los hombres los tesoros de la naturaleza, y el ciego Pluto tomó á su cargo el distribuir con equidad los metales preciosos que los representan. Jamas se ha conocido encargo mas delicado ni peor desempeñado.

Pues el torpe cegaton
No lleva en su compañía
Ni perrillo ni baston,
Y casi siempre le guia
El mas cercano bribon.

Lleva en la izquierda los dones,
Y el guia que lo ha notado
Coloca, no sin cuidado,
A la izquierda los bribones,
Los buenos al otro lado.

El picaro de este modo
Logra su intencion dañada,
Pues Pluto, cual un beodo,
Al bueno queda sin nada
Y al bribon se lo da todo.

Nuestros antepasados le perdonaron con gusto semejante injusticia en premio de la utilidad de sus funciones;

pero á poco tiempo este dios emprendedor supo tan diestramente aprovecharse del imperio de nuestras pasiones para extender su comercio, que se hizo el árbitro de la suerte de los mortales, amenazando quitar su poder al Destino.

En aquel tiempo fatal
La Virtud se halló de venta,
Y el malvado con mas renta
Logró ser feliz mortal.

La Conciencia y la Moral
Vendió entonces el casuista,
Folletos el libelista,
Sentencias el magistrado.....
Pues al oro prodigado
¿Quién habrá que se resista?

Los mortales sin nobleza
A traficar se pusieron,
Y con oro ennoblecieron
De su cuna la bajeza.

Nada habia sin riqueza,
Todo el mundo comerciaba:
El ministro acrecentaba
Con empleos su tesoro,
Y el pontifice por oro
Cualquier cosa dispensaba.

El orador mas severo
La Verdad sacó al mercado,
La Confianza el letrado,
La Salud el curandero.

El profesor por dinero
Comunicaba su ciencia;
El usía y excelencia
Vendian su valimiento,

El poeta su talento,
 Y el charlatan su demencia.
 En siglo tan pervertido,
 De Citeres la deidad
 Comercia en sociedad
 Con el príncipe de Gnido.
 Además del gran surtido
 De géneros, se veía
 Una rica escribanía,
 Y encima del mostrador
 Impreso: *tienda de Amor,*
De Venus y Compañía.....
 Negociaban sin usura
 Con las Gracias y el Pudor,
 Despachando por mayor
 Los Suspiros y Ternura.
 Mas al vender la Hermosura
 Y las prendas mas amables
 ¿No es hacerlas despreciables?...
 Ah! si; por esta razon
 Las prendas del corazon
 Siempre han sido inestimables.

CARTA LXV.**LA FORTUNA, EL DESTINO, NEMESIS.**

Segun el antiguo proverbio que dice: 'un ciego lleva á otro', la conductora de Pluto suele ser la ciega Fortuna, á la que tambien conduce el ciego Destino.

Esta diosa inconstante, sosteniéndose de pie ligeramente sobre una rueda veloz, ó colocada en una carroza tirada por cuatro caballos, ciegos como ella, aniquila sus adoradores, y cambia cien veces al dia de ministros y favoritos. El cielo descansa en su cabeza, y en sus manos conduce á la vez el fuego y el agua, emblema del bien y del mal que esparce en el universo. Algunas veces lleva en su mano derecha el cuerno de la abundancia, y con la izquierda guia á la Ocasión, cuya cabeza calva solo presenta un mechon de cabellos en la frente, del que es preciso asirse para sujetarla.

Asi cuando me veo
 Debajo de las verdes enramadas,
 Y tus gratas miradas
 Excitan mi ternura y mi deseo,
 La Ocasion cara á cara se presenta;
 Mas tú con gran cuidado
 A la diosa me vuelves de otro lado,
 Y su nuca me ofreces para afrenta
 En lugar del cabello deseado.

Los sobrenombres de la Fortuna son tan varios como sus caprichos, y tan pronto se le llama *buena* como *mala*, según las circunstancias. Los romanos la denominaban *Aurea*, y su estatua, que siempre estaba en la habitacion é inmediata al lecho del emperador, á la muerte de este se trasferia al cuarto del sucesor á la corona. Tambien la adoraban con los titulos de Conservadora *, Nodriza, Ciega, Favorable, Pasajera, Familiar, Privada, &c.

Los aventureros adoraban á la Fortuna Aventurera **, y Servio Tulio habia elevado en su palacio un altar á la Fortuna Barbada ***: ignoro el sentido de este emblema.

* *Conservatrix, Mammosa, Cæca, Obsequens, Brevis, Privata.*

** *Fors Fortuna.*

*** Plutarco.

La Fortuna Viril tenia un templo cerca del de Venus*.

Roma, libertada del furor de Coriolano á influjo de las lágrimas de su madre y esposa, elevó un templo á la Fortuna Femenina**, porque dos mujeres habian salvado á la patria.

Domiciano, despues de haber sufrido algunos reveses de la Fortuna, á los que se siguieron acontecimientos favorables, dedicó un templo á la Fortuna de Retorno***.

Finalmente, se grabaron medallas con el título de Fortuna Estable ó Constante****; pero estas medallas, poco comunes en todos tiempos, se han hecho al presente tan raras como la piedra filosofal.

Es ciertamente muy singular que la divinidad mas voluble de todas las divinidades sea guiada por el dios mas constante de todos los dioses; pues ya sabrá V. que el Destino es de un carácter inmutable. Sentado en su trono

* Plutarco: Ovidio, lib. IV de *Los Fastos*.

** Diodoro, lib. VIII.

*** *Fortuna Redux*.

**** *Fortuna Stata*.

de hierro descansa los pies sobre un globo, que es el terrestre, y en el que estan los destinos, ya encerrados en una urna, ya grabados en un libro de metal. Todas las potestades celestes se desvanecen ante la suya; habla, y el Olimpo enmudece: las diosas tiemblan en silencio; y sus decretos, mas veloces que el rayo, hieren con la misma prontitud á los dioses que á los mortales.

Camina delante de él la Necesidad, cuya diosa participa de su inflexibilidad y tiranía. En sus manos de bronce lleva largas clavijas y plomo derretido para unir y ligar todos los objetos de un modo indisoluble, y tambien lleva algunas cuñas de hierro para desunir los lazos mas fuertes y unidos.

Ella misma se ha sujetado á sus leyes, cediendo á la voz irresistible del Amor. Pero la soberana de los mortales solo quiso someter su corazon al soberano de los dioses, quien la hizo madre de la inflexible Nemesis, diosa de la Justicia y de la venganza celeste. Es aquella que camina al lado de su madre, mostrando la serenidad en su semblante y la severidad en sus miradas.

Repare V. en el cuerno de ciervo que sale por entre la corona de narcisos que circunda su negra cabellera, en el ligero velo que oculta sus modestos atractivos, en el blanco ropaje que flota sobre sus espaldas, tocando sus largos pliegues en la tierra. En sus manos lleva un freno y un compas, aquel para contener el ímpetu de nuestras pasiones, y este para distribuir entre los hombres las penas, las recompensas y la igualdad.

No la bárbara igualdad
Que trasforma en un instante
Al pigmeo en un gigante,
Sin justicia ni equidad;
Pero sí la que, fundada
En justicia y en razon,
Dispensa su proteccion
A la Inocencia ultrajada;
Y con igual rectitud,
Sin ajar á la Pobreza
Ni ensalzar á la Riqueza,
Solo premia la Virtud.

Algunas veces Nemesis va armada de lanza para combatir al Vicio, y lleva una copa llena de licor divino para fortificar á la Virtud contra los ataques del Infortunio.

Los griegos la adoraban bajo los

nombres de *Nemesis*, vengadora; *Adrastea*, inevitable, y *Encharia*, formidable. Su templo mas célebre se hallaba situado sobre una eminencia cerca de Ramno, ciudad de Atica, por lo que se la solia denominar Ramnusia.

Los atenienses instituyeron en honor de esta diosa las fiestas *Nemeseas* *, y los romanos la erigieron un altar en el Capitolio, donde depositaban una espada antes de partir á la guerra, conjurando á la equitativa deidad para que protegiese la justicia de sus armas.

A este mismo altar acude la jóven amante abandonada, cubiertos sus ojos de llanto y el corazon ahogado de suspiros, á depositar llena de temores su ofrenda, y á pedir contra un ingrato el castigo que no desea.

Si la justa deidad, compadecida
Del lloro de Hermosura,
Ofrece dar la pena merecida
Al ingrato que causa su amargura,
La Bella abandonada
Lamentando la suerte del que adora,

* Eran estas fiestas fúnebres porque se creía que Nemesis tomaba tambien á los muertos bajo su proteccion, vengando las injurias que se hacian á sus tumbas.

Desea contener la mano airada
 Que maneja la espada vengadora.
 Un tétrico y feroz presentimiento
 Sus dias acibara,
 Temiendo se efectúe el cumplimiento
 Del castigo que ha poco deseára.
 Por la noche parece
 Que del monstruo cruél el fiel retrato
 A sus ojos se ofrece
 Con semblante sereno al par que grato;
 Y cuando ya disfruta de la calma
 Que Morfeo al mortal ha dispensado,
 Los rasgos ve su alma
 Amables, aunque infieles, de su amado.
 Unas veces, echándola en olvido,
 Con desprecio la mira;
 Otras mil le dirige arrepentido
 Las mas dulces miradas, y suspira.
 Tan pronto le parece que Jovino,
 Queriendo castigar sus desaciertos,
 La lleva sin destino
 Por los mares, los montes y desiertos,
 Como ya, por calmar su desventura,
 A un bosque le conduce misterioso,
 Donde alzando de Venus la cintura
 Se prepara el infiel á ser dichoso.....
 — «¡ Ah pérfido! prorumpe la Belleza,
 »Castiga, Dios eterno, su osadía.»
 Un trueno la obedece con presteza,
 Oscurece la nube el claro dia;
 El rayo de la muerte
 Al pérfido con furia se dirige.....
 Mas ¡ ah! la Bella tiembla por su suerte,
 Y, llevada de amor, con él transige.
 Del miedo trasportada,
 De pesares y lágrimas cubierta,
 Confusa y agitada,
 En medio de inquietudes se despierta;

V.

E

Al templo, de su honor en desagravio,
 Se dirige veloz, suplica, llora,
 Cien veces al infiel nombra su labio,
 Ofrece, y sin querer su voz implora
 Del pérfido el castigo;
 Y cuando ya del suelo se levanta,
 La Bella, sin saber, lleva consigo
 La ofrenda sacrosanta.



CARTA LXVI.**EL TÁRTARO.**

Ya que hemos visitado el palacio de Pluton y sus dependencias, atravesemos por este puente movedizo las ondas inflamadas del Flegeton *, y caminemos hacia el Tártaro, costeando las riberas del Cocyto, cuyas aguas se aumentan con las lágrimas de los culpables, y cuyo mormullo imita sus sollozos.

Ya nos encontramos bajo las abrasadoras bóvedas del negro Tártaro: aquí son precipitadas para siempre las almas de los culpables, y este abismo, en donde todos los elementos y males se confunden, se formó del seno del Caos **; y así como la Tierra está colocada en el centro del Cielo, del mismo modo el Tártaro se halla sepultado en el centro de la Tierra ***.

Los bordes sulfúreos de este golfo

* De una palabra griega que significa *abrasar*.

** Hesiodo en su *Teagonía*.

*** Hesiodo, *ib.* — Homero, *Iliada* lib. VIII.

inmenso están ocupados por los malvados mas célebres, tanto por la atrocidad de sus crímenes, como por la severidad de sus castigos: castigos siempre justos cuando Minos los decreta, y rara vez merecidos si los dioses ocupan el puesto de los jueces.

Flegyas, rey de los lapitas y padre de Coronis, nos ofrece un ejemplo. Esta ninfa, enamorada de Ischys, agradó por desgracia al dios Apolo, quien, irritado con sus desdenes, la quitó el honor, haciéndola infeliz sin ser por eso venturoso.

Pues en vano un agresor,
De fuerza y poder valido,
Roba lo que no ha podido
Conseguir sin ser traidor:
Jamás el crimen y horror
Ocasianan la ventura.
Sin voluntad libre y pura
¿Qué placeres da el amor?

Desesperada la ninfa lloraba su deshonor en los brazos de su amante, quien, por ternura ó generosidad, la excusaba enjugando sus lágrimas. Apolo, envidiando los consuelos que se prodigaban estos amantes afortunados, los traspasó con sus dardos, sacó del seno de Coronis á Esculapio, y, despues de

confiarle al centauro Chiron, trasformó á su madre en corneja.

Noticioso Flegyas, se abandona á la venganza; armado de una antorcha vuela al templo de Delfos, le reduce á cenizas, y en aquel mismo instante un dardo de Apolo le precipita en el Tártaro, donde una roca enorme, suspendida sobre su cabeza, le hace experimentar el eterno suplicio de la expectativa y el terror. Afirma Esquiles * que el desgraciado repite sin cesar esta máxima: «aprended con mi ejemplo á respetar los dioses y la justicia.» Mas yo le haria decir lo siguiente:

«Ocultad vuestras hijas, oh mortales,

»O temed de los dioses las miradas.

»Si por ellos son vistas; cuántos males

»Habrán de padecer las desgraciadas!

»Vuestro yerno será vuestro enemigo;

»Cansado de la esposa que queria,

»Del propio deshonor será testigo,

»Y verá el adulterio á sangre fria.

»Del esposo la esposa abandonada

»Huirá por ocultar su triste suerte,

»Y vosotros al verla deshonrada

»¿Qué consuelo hallareis sino la muerte?»

El suplicio de Ixion le parecerá á V. sin duda mas justo.

* Tragedia de Prometeo.

Deseando este príncipe obtener la mano de Dia, hija de Deyoneo, prometió á este regalos considerables, y el padre le concedió á su hija, pero recordándole las promesas. Entonces Ixion, bajo el pretexto de cumplirlas, atrajo á su casa á Deyoneo, y por medio de una trampa le precipitó en un horno encendido; pero inmediatamente los Remordimientos y las Furias vengadoras se apoderaron del culpable, haciéndole experimentar los horrores del mas espantoso delirio. Júpiter al fin se compadeció de su arrepentimiento: supo además que Ixion era un hombre útil en cualquiera sociedad, y un convidado agradable; y como esto á los ojos de los príncipes abandonados debilita los mayores crímenes y sobrepuja las mas altas virtudes, el monarca celeste acogió en su consecuencia al culpable, le consoló, le hizo sentar á su mesa, y le embriagó con el nectar divino. Ixion, que tenia el nectar un poco alegre, devoraba con sus ojos los atractivos de la casta Juno, bebia furtivamente en su copa, estampando en los bordes sus amorosos labios; y siguiendo á la diosa

á un sitio retirado, se arrojó á sus plantas, aguardando que su mano le levantara: esperaba todavía, y ya Juno, furiosa, estaba dando cuenta de todo á su marido.

- Pero Jove la escucha sosegado,
 Y con calma responde: "Es imposible."
 — "¿Y por qué lo será? ¿Has olvidado
 »Que Dia, su mujer, te hizo sensible?
 »¿No es hijo Pirithoo de tus amores?
 — »Sin duda lo será, es muy posible;
 »Mas desecha, señora, tus temores,
 »Que Nosotros dejamos las Mortales
 »Por gustar otra vez nuevos sabores
 »En vuestras perfecciones celestiales.
 — »Sí, pero autorizais á sus esposos
 »A que adoren tambien las Inmortales;
 »Y en tanto que vosotros obsequiosos
 »Tratais de complacer á sus mitades,
 »Ellos no se descuidan, y afanosos
 »Procuran agradar á las deidades:
 »Ixion mis presunciones corrobora.
 — »Está bien, contendré sus necedades:
 »Mas antes, por saber cuanto te adora,
 »He de hacer que un volcan se le presente
 »Igual á tu figura encantadora;
 »Creyendo ver á Juno, complaciente
 »Sus brazos tenderá, y el atrevido
 »Hallará su castigo solamente.
 — »Asi queda mi honor comprometido.
 — »No temas. — ¡Cometer un crimen grave
 »Y en brazos de un mortal aborrecido!
 — »Será solo un vapor. — ¿Mas él qué sabe?
 »Y si piensa despues el indiscreto
 »Que de veras pasó, puede se alabe:
 »¿No valiese mejor fuera en secreto?

—Contad, soberana del Olimpo, con el mas profundo misterio. Asi dijo, é inmediatamente hizo venir á Ixion, le presentó la imágen de Juno para convencerse por sí mismo, y á breve rato quedó convencido; pero como el convencimiento no se fundaba en la realidad, se contentó con tomarlo á risa el buen Jovino.

En tanto Ixion, imitando á los cortesanos afortunados, decia á sus amigos con misteriosa vanidad:

Envidiad mi buena estrella;

Soy el hombre mas dichoso.

—¿Y quién te hace venturoso?

¿Alguna ninfa doncella?

—Algo mas; una deidad

Que reúne á la hermosura

El saber y la ternura,

Las gracias y majestad.

—¡La majestad!... ¡qué fortuna!

¿Y la debe á su belleza,

O á la brillante nobleza

Y elevacion de su cuna?

—A las dos. — Seguramente

Será Minerva. — Callad;

¿He de buscar á mi edad

Mojigata impertinente?

Ni á Venus con ser hermosa

Trocára con mis amores:

¿De qué sirven sus primores

Sin nobleza majestuosa?

—¿Será Juno?... ¡gran bocado!...

Pero no; diosa tan casta

¿Cómo habia de.... — Ya basta,
 No crea que lo he contado.
 Es preciso gran secreto
 En negocios del Amor,
 Y yo no soy hablador,
 Que me precio de discreto.

Fueron en fin tan modestas y moderadas las confianzas de Ixion, que Júpiter llegó á saber por la Fama mucho mas de lo que habia visto. Entonces para desengañar á su corte, la hizo sabedora de la conquista aerea de Ixion*, y le precipitó en el Tártaro, donde las Furias le amarraron con sus serpientes á esa rueda, cuyo continuo movimiento no le deja un instante de reposo. Mientras fué engañador y parricida Júpiter le admitió en su corte; mas apenas fué indiscreto inventó para castigarle un nuevo suplicio. ¡Ah! todos los Joves son iguales. Con ellos

Cualquiera puede hollar impunemente
 Las Leyes, Amistad, Naturaleza;
 Su orgullo se demuestra indiferente
 Con tal que se le adule con bajeza.
 Pero si una palabra solamente
 Hiere su presuncion ó su nobleza,
 Ni tormentos le bastan ni rigores
 A calmar el furor de sus rencores.

* Se asegura que esta nube fecunda parió á los Centauros, que, como he dicho, eran unos monstruos medio hombres, medio caballos.

La vanidad de Salomeo, rey de Éli-da, excedió los límites del delirio. No contento con hacerse adorar de día, se hacia llevar por la noche en una carroza que rodaba sobre un puente de metal, y cuya rápida rotacion imitaba el ruido del trueno. Desde ella, cual nuevo Júpiter Tonante, despedia mechas encendidas sobre algunos desgraciados, á quienes sus satélites acogotaban inmediatamente para imitar el rayo al natural. Pero mientras se deleitaba en exterminar á sus vasallos, Jovino le traspasó con un rayo, enviando su divinidad á esta morada, donde el fuego celeste le quema sin consumirle.

A su lado considerad á Sisifo, ratero famoso, muerto por Theseo. ¿No vé V. á este desventurado, cubierto de sudor el rostro, y sus músculos entumecidos, conducir penosamente á la cumbre de aquella montaña escarpada un enorme peñasco? Agoviado de cansancio ya se acerca á la cima; la esperanza del reposo le reanima, y haciendo el último esfuerzo llega con su carga hasta la cumbre... El peñasco parece que va á quedar inmóvil... inmóvil como él palpita Sisifo

de gozo.... Mas el peñasco se mueve, rueda, llega al fondo con estrépito; y el suplicio del culpable vuelve á comenzar con su trabajo.

Al pie de esta montaña, en que mil ramas cubiertas de fruto dan sombra á las aguas puras y cristalinas de aquella fuente, es donde Tántalo, hijo de Júpiter y rey de Frijia, sufre un espantoso suplicio, aunque demasiado suave comparado con sus crímenes. Queriendo este padre desnaturalizado cerciorarse de la divinidad de los dioses, los convidó á un banquete en el que presentó los miembros de su hijo Pelope: todos los convidados se abstuvieron de tan execrable comida, excepto Minerva, que por descuido, segun dicen, comió una costilla; pero los dioses horrorizados resucitaron á Pelope, poniéndole una costilla de marfil, y encargaron á Mercurio que encadenase á Tántalo á la sombra de estos árboles fructíferos, sumergiéndole hasta la barba en esa fuente. En vano sus secos labios se afanan por tocar las olas, ó tratan de apoderarse sus manos de las ramas fugitivas: la sed le devora en medio de las aguas, y el

hambre le consume en el centro de la abundancia.

Pero en tanto que hablo , ha fijado V. su atencion en ese grupo de mujeres que se apresura á sacar agua de un pozo, y la vierten una tras otra en un tonel sin fondo *.

En ellas está V. viendo á las cincuenta hijas de Danao **, rey de Argos. Egipto, su hermano, tenia tambien cincuenta hijos, y proyectaron el casamiento de unos con otros en un mismo dia ; pero la noche misma de su celebracion, receloso Danao , á quien el oráculo habia predicho que seria destronado por uno de sus yernos, reunió á sus hijas, y dando á cada una de ellas un puñal, les mandó que asesinasen á sus esposos apenas el sueño y el deleite hubiesen cerrado sus párpados.

Aguijan en tanto los nuevos deseos
Del dulce Himeneo la tierna impaciencia ;
Mas presto conduce los gratos recreos
La Noche tardía si no la Clemencia.

* Otros dicen que consiste su suplicio en sacar continuamente agua en una criba.

** Se les llama Danaides del nombre Danao, su padre ; ó Belidas del nombre Belo, su abuelo.

Del plácido esposo la esposa en presencia
Gustaba gozosa la lánguida calma
De aquellos placeres que llegan á el alma
Y nos proporciona de Amor la demencia.

Morfeo se acerca, y á poco momento
Del lánguido esposo veloz se apodera;
La Muerte sombría con pérfido intento,
Al lecho del gozo volando ligera,
Esgrime la espada cortante y severa,
Y sin contenerse por vanos temores,
Cortó la esperanza de un siglo de amores,
Mostrando contento de hazaña tan fiera.

Apenas los rayos de plácida Aurora
Alumbran la estancia de sangre regada,
Saltó de su lecho la esposa traidora,
De llanto, pesares y miedo agitada.
La infiel considera la vista cerrada
De aquel cuyos ojos ha poco decían
Lo que por vergüenza quizá callarian
Los labios y lengua de fuego abrasada.

Contempla la boca que hará poco rato
La suya tocára placer recibiendo:
Del lecho de amores el triste aparato,
Ajados colchones la sangre sumiendo,
La ropa y almohadas el gozo diciendo
Que tuvo la esposa de noche á deshora,
Y acaso debiera gustar á la aurora,
Aumentan el odio del crimen horrendo.

De fuego se abrasa su seno piadoso,
Las lágrimas cubren su triste semblante,
Sus brazos estrechan con miedo penoso
Los restos helados del pálido amante,
Y el pecho agitado sintió en el instante
Del crimen horrible los fieros dolores:
Mas ah! ya volaron los gratos Amores,
La Pena tan solo se queda triunfante.

En tanto Hypermnestra se dirigia á

Larisa con precipitacion, mientras Lynceo llegaba á Lyrce, ciudad inmediata á Argos. Solamente Hypermnestra habia salvado la vida á su esposo, y al dia siguiente, para cerciorarse uno y otro de su llegada, subió cada cual á una torre con una antorcha encendida en sus manos.

Al ver la claridad de llama ardiente,
 Sus tiernos corazones,
 Libres de sobresalto y desazones,
 Se hablaron y entendieron mutuamente.
 Se hablaron y entendieron mutuamente.
 La antorcha que su mano sostenia,
 Con el viento agitada,
 Recordaba su fuga, su llegada,
 La esperanza de verse al otro dia,
 Y al vivo demostraba su ternura,
 Su constante cariño y alma pura.

A poco tiempo se verificó el oráculo, pues Lynceo, vencedor de Danao, ocupó el trono de Argos. Las Danaides fueron condenadas por los dioses al suplicio de que sois testigo; y los habitantes de Argos, para recordar la ternura conyugal de Hypermnestra y Lynceo, instituyeron las fiestas de las *antorchas*.

Las Danaides en su triste mansion tienen por vecino á Tityus, hijo de Júpiter y de la ninfa Elara. Habiendo muerto su madre se encargó la Tierra,

segun dicen, de alimentarle. Su estatura gigantesca y sus fuerzas prodigiosas le hicieron tan orgulloso, que quiso atentar al honor de Latona; pero Apolo y Diana vengaron á su madre traspasándole con sus dardos, y precipitándole en el Tártaro, donde su cuerpo extendido ocupa el espacio de nueve fanegas de tierra. Aqui siente en su pecho el miserable á todas horas el punzante pico de un buitre que sin cesar le roe las entrañas.

Antes que él habia sufrido en el monte Cáucaso este mismo suplicio Prometeo, hijo de Japet y padre de Deucalion. Oiga V. el motivo.

Habiendo desleido en agua un pedazo de tierra formó de esta masa un hombre á semejanza de los dioses; y Minerva, encantada de la perfeccion de su obra, le ofreció en recompensa el objeto que mas le agradase de cuantos existen en el cielo. Pero Prometeo, sencillo habitador de la tierra, le contestó:

.....Mal puede desearse
Lo que no se conoce*.

* Voltaire, *Zaira*, esc. 1.^a

Y entonces Minerva, para ponerle en disposicion de elegir, le trasportó á la morada celestial; y escogiendo Prometeo entre los tesoros del Olimpo el fuego celeste, vino á depositarle en el seno del hombre que habia formado.

Su pecho palpitando en el instante,
 Y adquiriendo sus ojos luz brillante,
 Se levanta por fin la masa inerte,
 Y en un cuerpo nervioso se convierte.
 Del Sol ve con placer la llama pura,
 Los encantos admira de Natura,
 Y en su seno, capaz de sensaciones,
 Fermentan los deseos y pasiones,
 Cuyo fuego, que ha poco reposaba,
 El helado semblante coloraba:
 ¡Ojalá reposase todavia,
 Y el mortal mas tranquilo viviria!

Irritado en tanto Jovino por el hurto de Prometeo, resolvió, á estilo de monarca, hacer sufrir su rigor á todo el mundo. Ordenó á Vulcano que modelase una mujer de perfecta hermosura; la animó, y la presentó á la asamblea de los dioses para que cada cual la regalase alguna gracia ó virtud, por lo que la denominaron *Pandora*, es decir, poseedora de todos los bienes.

El monarca celeste envió esta mujer perfecta á Prometeo, encargándola que

le entregase una caja misteriosa ; pero desconfiando Prometeo de los regalos ocultos de la hermosura , rehusó el presente , y entonces Pandora le llevó á su hermano Epimeteo , quien abrió sin examen la caja fatal.

En su infancia la Tierra se encontraba :
 La Sencillez vivia
 Con la Paz y Salud en compañía ;
 El Placer á las tres acompañaba.
 En esta bella edad todos los hombres
 Se amaban cual hermanos ;
 De Virtud y Pudor hasta los nombres
 Ignoraban entonces los humanos :
 Que nunca el bien y mal se conociera
 Si la negra maldad no apareciera.

Mas del bote fatal en nuestro daño
 Salieron á volar el Tuyo y Mio ,
 Las Disputas , las Leyes , el Engaño ,
 Y la Guerra feroz , arte sombrío
 Que á los hombres en fieras nos convierte ;
 Y tambien el Dolor , la Pestilencia ,
 Y (lo que es aun peor) la falsa Ciencia
 Del arte de curar dando la muerte.

Asustado Epimeteo con este diluvio de males , cerró inmediatamente la caja fatal , y solo retuvo á la Esperanza , próxima á escaparse . Se asegura que desde esta época se halla encerrada dentro del bote misterioso . Sin embargo ,

Yo creo que su prision
 Ha burlado la Esperanza ;

V.

F

Pues, al ver la confianza
Que respira nuestra union,
A veces fijar su asiento
En mi corazon la siento.

Descontento Júpiter de ver que Prometeo se habia libertado de sus asechanzas groseras, trató de abrumarle noblemente con el peso de todo su poder; y para castigarle, segun costumbre, de haber tenido mas talento que su señor, encargó á Vulcano y á Mercurio que le aprisionasen en el monte Cáucaso, donde un buitre debia roerle las entrañas.

Este acto inicuo y despótico hizo murmurar á los hombres y alborotó á todas las mujeres. ¿Cuál es su crimen? clamaban estas, compadecidas de su suerte.

Su mano á semejanza de Jovino
El hombre ha fabricado;
¿Acaso por tener genio divino
Merece con furor ser castigado?
Si del fuego celeste se apodera,
Y al hombre hace sensible,
¿Por qué le castigó Jove terrible?
El hombre sin el alma ¿qué valiera?
Sus fuerzas el humano crecer siente
Por esta llama pura,
Que su virtud aumenta y su bravura,
Al par que le da vida floreciente;
Y si causa de amor los sentimientos
El fuego soberano,
¿Quién duda que Jovino es un tirano
A quien solo complacen los tormentos?

A tan fundadas quejas nada respondía el monarca celeste; pero Mercurio, encargado de tener mas talento que su señor, les contestó *: “considerad, señoras, que Prometeo no tanto es castigado por haber dado vida al hombre, cuanto por haber inventado la mujer, origen de todas las desgracias que afligen á la humanidad.” Pero ellas replicaron :

- « Si juraron los dioses vengativos
 » Odiar á la mûjer, ¿por qué motivos
 » Inclinan hasta el suelo su cabeza
 » Al ver nuestros encantos y belleza?
 » ¿Por qué, si les hablamos con dulzura,
 » Exageran su dicha y su ventura?
 » ¿Por qué depone Jove su corona,
 » Y por vernos los cielos abandona,
 » A veces trasformado en bello toro,
 » Y á veces en mortal ó lluvia de oro?
 » ¿Quiere acaso mostrar su poderío
 » El mismo que nos vende su albedrío?...
 » Decid á vuestro loco soberano
 » Que es el rey mas infiel y mas tirano.»

Mercurio se dispensó de semejante comision; pero Hércules, protector nato del bello sexo, libertó á Prometeo y le devolvió al mundo.

Oh tú, feliz amiga,
 A quien jamas el hado

* Luciano.

Los goces ha turbado
De tu tranquilidad;
Pues nunca los amores
En tu pecho sentiste,
Y solo conociste
La sincera amistad:
Si en tí quiere Cupido,
Por medio de un humano,
El fuego soberano
Un dia trasmitir;
En tan dichoso instante
Secunda mi deseo,
Seré tu Prometeo,
Y el hombre mas feliz.



CARTA LXVII.

LAS FURIAS.

¿No habeis, Emilia mia, conocido
 Ciertas viejas adustas y taimadas,
 De carácter atroz y desabrido,
 Cuyas falsas miradas
 Indican sus perversas intenciones,
 Y llenas de deseos caprichosos
 Devoran los sensibles corazones
 De sus fieles esposos;
 Y despues de sus muchas navidades,
 Emplean su lenguaje maldiciente
 En fraguar mil embustes y maldades
 Contra el hombre inocente?

Pues tal es el retrato de las tres Furias Alecto, Tisífone y Megera, hijas del Aqueronte y de la Noche. Las Furias que habrá V. visto en la Tierra tienen cierto aire de familia parecido al de estas; y la única diferencia que distingue á las Furias terrestres de las infernales consiste en que estas tienen rodeada de serpientes su cabeza, y aquellas van casi siempre disfrazadas con un sayo de beata.

Se asegura que se mantienen vírgenes las tres hermanas, y aun pretenden los amantes que lo serán por mucho tiempo. Su vestido, empapado en sangre, tan pronto es negro como blanco; negro cuando se irritan, y entonces se les llama *Nemeseas* * ó *Erinnydes*; y blanco cuando se apaciguan, y se les llama *Euménides* **.

No se limita su ministerio á castigar con su látigo vengador las sombras criminales: tambien visitan á menudo la mansion de los vivientes, y colocándose sobre la cabeza del culpable, introducen en su seno sus teas abrasadoras, haciéndole sufrir en la tierra los tormentos eternos del Tártaro.

Jamas hallan descanso los malvados
 Por mas que le procuran afanosos.
 En su lecho de noche, atormentados
 Por los Sueños terribles y espantosos,
 Despiertan, y al mirarse rodeados
 Del pesar y recuerdos horrosos,
 Se quieren alegrar, mas su conciencia
 No se aparta jamas de su presencia.
 Su corazon, de penas cprimido,
 No goza del contento un solo dia:
 Con la dicha y placer está reñido,
 Y las risas detesta de Alegria;

* Furiosas.

** Bienhechoras.

Los bienes venturosos que ha perdido,
Sin gustar, los contempla en su agonía,
Y le dice el feroz Remordimiento:
"Descansar no podrás ningun momento."

El parricida Orestes ofreció á la Grecia un espantoso ejemplar de la severidad de las Furias. Para apaciguarlas fundó en lo interior de Arcadia un templo dedicado á las Furias negras. Coronó de azafran y de narciso sus estatuas, cubrió de fruta y miel sus altares, é inmoló una oveja negra, consumiendo el cuerpo de la víctima en una hoguera de oxiacanto, cipres, álamo y enebro. En breve las implacables diosas se compadecieron de su arrepentimiento, apareciéndosele vestidas de blanco, y entonces Orestes levantó un segundo templo en honor de las Furias blancas ó *Euménides*. En este las coronó de olivo, les sacrificó dos tórtolas, é hizo en su honor una libacion con agua de fuente, contenida en vasijas, cuyas asas habia cubierto con lana de cordero. Evitó con sumo cuidado el ofrecerlas vino ú otros licores inflamables: con el conocimiento que de su carácter habia adquirido el infeliz creyó que solo deberia presentarlas calmantes.

Habr  pocas divinidades cuyo culto se haya generalizado tanto como el de las Furias, pues siempre el Temor se ha merecido mas templos que Cupido. Los ministros del santuario que tenian en Atenas, cerca del Areopago, componian un tribunal, ante el que no se podia comparecer sin haber jurado anteriormente en el altar de las Eum nides el decir verdad.

Este santuario servia de asilo   los criminales ; pero casi siempre experimentaban un suplicio mucho mas horrible que el que trataban de evitar. Apenas el culpable pisaba el pavimento del templo que las Furias tenian en Acaya, inmediato   la ciudad de Cerina, se apoderaba de sus sentidos un delirio espantoso que repentinamente le hacia pasar del furor   la desesperacion, y de la desesperacion   la muerte; y ninguno se atrevia   mirar el templo ni   pronunciar el nombre de estas incorruptibles divinidades sin sentir un involuntario estremecimiento.

Pero si yo me encontr ra en el caso de proponer un asilo al delincuente, en vez de conducirlo al santuario de las

Furias le diria, guiándole hácia vuestra
morada,

Si quieres devolver á tu conciencia
La paz y la ventura,
Ven, y respirarás con la Hermosura
El aire que despide la Inocencia,
El Candor y Cordura.

Allí verás cual nacen á porfia
La Virtud y el Talento.
Contempla sus encantos un momento,
Y presto lograrás un bello dia
En que vivas contento.

CARTA LXVIII.**HÉCATE.**

La mas formidable de las potencias infernales es la terrible Hécate, cuyo cuerpo gigantesco, elevándose á la entrada del Tártaro, presenta tres cabezas amenazadoras*. Las víboras que forman su cabello se entrelazan á una corona de encina: á sus pies yacen perros furiosos, con ojos centellantes y la boca abierta dando espantosos aullidos; en su mano derecha tiene una tea, un látigo y un puñal, y en la izquierda una llave y una copa fúnebre para las libaciones á que preside.

Esta triple divinidad se subdivide para ejercer, bajo tres nombres, tres poderes distintos en el Tártaro, en el Cielo, y en la Tierra.

Cual *Hécate* reside en el Infierno,
Y las llaves posee del Averno:

* Unos dicen que sus cabezas son de hombre, caballo y perro; y otros que son de perro, leon y toro.

Los delitos castiga prontamente,
Y mira con horror al delincuente.

Varias veces, haciendo de *Febea*,
En guiar la carroza se recrea
Del astro que, mudando de figura,
Los encantos encubre de hermosura,
Y con sus imperfectos resplandores
De las Gracias separa á los Amores.

Mas despues en Diána convertida,
De las flechas y el arco prevenida,
Tras el gamo veloz corre ligera
Por los bosques, los valles y pradera;
Siendo tal de sus tiros el acierto
Que siempre á quien apunta deja muerto.

Y ¡pobre del mortal que descuidado
Estos sitios frecuenta y es mirado
Por la vista punzante de la diosa,
Aun mas que sus saetas venenosa!
Su pecho traspasado gemiria
Y al punto de la herida moriria,
A no ser que una Emilia complaciente
La llaga le curase prontamente
Con aquella bebida placentera
Que prepara Amistad franca y sincera.

Aseguran que esta diosa prodiga
las riquezas á sus adoradores, que los
acompaña en sus viajes, y que inclina
á su favor los sufragios del pueblo y
los laureles de la victoria *. Asiste en
ocasiones á la corte de los reyes; pero
con mas frecuencia, errando por los
valles y colinas, multiplica ó esteriliza
los rebaños, por cuya causa los ate-

* Hesiodo.

nienses la ofrecían tortas, sobre las que grababan la figura de un buey ó carnero; y en medio de las encrucijadas, donde adoraban su estatua, le servían todos los meses una cena, que comían los pobres en honor de la diosa.

También le ofrecían en ocasiones una *Hecatombe*, ó el sacrificio de cien toros. Esta es la causa, según algunos, de llamarse *Hécate* *, aunque otros aseguran que adquirió este nombre por detener cien años en las riberas de la Estigia á las sombras de los muertos privados de sepultura.

Los romanos la llamaban *Canicida*, porque durante la noche le sacrificaban perros, cuyos aullidos lamentables disipaban, según dicen, los malos espíritus.

Los habitantes de la Acaya ensangrentaron por largo tiempo sus altares para expiar el presunto crimen de Melánippes y Cometho **.

A jurarse fe constante
En el templo se juntó
La pareja, fiel amante,
Y la malicia fraguó
Que pasaron adelante.

* Hécate en griego significa *ciento*.

** Pausanias, lib. VIII.

Con esto las conciencias se alarmaron; pero ¿qué sacrificio expiatorio bastaría á calmar el ultraje hecho á la diosa? Siempre es el mas atroz el que escoge el fanatismo; por esto los sacerdotes iban todos los años á separar de los brazos paternos á un joven adulto y á una vírgen inocente para conducirlos al altar de la terrible Hécate; y al degollarlos con la cuchilla sagrada, castigaban en estos infelices un delito, cuya existencia ignoraban quizá.

Tambien preside Hécate á los misterios de la magia. Los adivinos, ó los que creen serlo, se dirigen á media noche con reserva á bañarse, socabando en la orilla del rio un hoyo profundo, en donde, cubiertos con un manto azulado, inmolan un cordero negro, quedan la víctima, y ofrecen miel para apaciguar á la diosa incorruptible, á quien llaman por siete veces. Entonces, si el religioso silencio del sacrificio no ha sido turbado por algun ruido profano, salen del interior del hoyo las hecateas, especie de fantasmas que predicen á su gusto, segun las personas

y circunstancias , por ejemplo :

▲ a las viudas ofrecen casamientos ;
 ▲ la casta mujer hombre celoso ;
 ▲ la que es presumida tren lujoso ;
 ▲ la jóven princesa , rendimientos ;
 ▲ a la torpe manola , mucho amante ;
 Amor á la pastora candorosa ;
 Al sábio una pradera deliciosa
 Do corre un arroyuelo susurrante ,
 Y una choza cubierta de verdura
 En que vive una Emilia seductora ,
 Mil besos recibidos cada hora ,
 Y luego satisfechos con usura .
 Allí , de los palacios retirado ,
 Ha de hallar en sus hijos su riqueza ,
 En sus muchas virtudes su grandeza ,
 Y su felicidad en verse amado ;
 Amistad , renovada con los años ,
 Cada mes le dará nuevos amores ,
 Cada noche mil gustos y sabores ,
 Cada dia placeres mas extraños .
 De ilusion y deleite satisfecho ,
 Gozará la ventura apetecida
 Que le dá la inocencia de su vida
 Y la noble cordura de su pecho .

CARTA LXIX.

MINOS, EACO Y RADAMANTO. EUROPA.

Vea V., Emilia, el tribunal incorruptible que no juzga jamás á las acciones por los hombres, sino siempre á los hombres por sus acciones.

La ley sin comentar aquí se aplica :
 El ladrón afamado y el ratero ,
 Sin agente , letrado , ni portero ,
 Su causa no enmaraña ni complica.

De nada sirve aquí tener dinero ,
 Tampoco los amigos ni Excelencia ,
 Mucho menos los trozos de elocuencia :
 El juez es imparcial y justiciero .
 ¡ Ah , cuántos en la Tierra son premiados ,
 Y aquí son al suplicio condenados !

Los tres jueces que componen este tribunal son Minos, Eaco y Radamanto. Eaco juzga á los pueblos de Europa, Radamanto los de Asia*, y Minos, presidente del tribunal, discute y concilia sus opiniones. Para dar á V. una idea

* Es verosímil que con el tiempo se haya extendido su jurisdicción al África y América.

de los tres jueces tales como son , voy á deciros en su presencia lo que han hecho : ¡cuántos otros magistrados envidiarían semejante honor!

En las llanuras de Fenicia reinaba en otro tiempo el buen príncipe Agenor, hijo de Neptuno y Libia. Solo tenía dos hijos , Cadmo y Europa. Angelo, hija de Juno, había robado á su madre un pomo del tocador para regalárselo á la jóven Europa. Esta, por medio del pomo divino, había dado á su tez una blancura tanto mas preciosa, cuanto mas rara en aquellas ardientes regiones. Como á su blancura no la podia dañar el Sol, se paseaba sin velo á orillas del mar, recogiendo flores con sus compañeras. Júpiter, que en todas partes se encuentra, no hizo falta en esta; vió á Europa, la admiró y la amó.

Mas queriendo emprender la conquista,
Sospechó malogrado su intento
Si ostentaba prudencia y talento.
Una jóven mas quiere beldad.

En amores ya diestro Jovino,
Disfrazó, como mas de un amante,
Su figura en un bruto arrogante,
Olvidando su gran majestad.

Europa al ver en la playa un toro

de deslumbrante blancura, se acercó con sus compañeras, y el animal, doblgando sus rodillas, se echa en tierra, la acaricia, come en sus manos y se deja coronar de flores.

Asi el amante tirano
 Para poner en prision
 De una bella el corazon
 Se apodera de su mano;
 Y despues estampa ufano
 Dulce beso de ternura,
 Ponderando la ventura
 Que goza con tal favor,
 Y disimula traidor
 Lo que finje su impostura.

Las compañeras de Europa se sientan unas tras otras en las ancas del toro; el animal, prestándose á sus juegos, manifiesta envanecerse con tan grata carga: la tímida Europa, animada con su ejemplo, tambien se coloca sobre el dócil animal; pero este se levanta repentinamente, y saltando de gozo y orgullo se arroja vehemente á las olas bulliciosas. Europa se agarra con una mano á uno de los cuernos, y con la otra implora vanamente el socorro de sus consternadas compañeras. Sus ojos, oscurecidos por el llanto, ya no perciben la ribera lejana: sus acentos, in-

terrumpidos por los sollozos , se pierden en los aires : su velo y sus cabellos vagan á merced de los vientos.

Las Nereidas , Tristones y Sirenas
Se atropellan á ver tanta hermosura ;
Las ondas bulliciosas , mas serenas ,
Sus encantos halagan con ternura ;
Los Céfiros , rompiendo sus cadenas ,
Á su lado murmullan con dulzura ;
Anfitrite la mira , y enojada ,
De su reino temió ser despojada.

Con tan numeroso acompañamiento llegó Europa á la isla de Creta , donde, desapareciendo su robador , se encontró la bella desgraciada en los brazos de un consolador , que la dijo :

Aquí ves al culpable ;
Su sentencia pronuncia , yo la pido :
Si te soy execrable
Por las tristes congojas que has sufrido ,
El castigo decreta mas sangriento ,
Serás obedecida en el momento.

Indecisa Europa en la eleccion de castigo , consultó al Amor , y este , segun costumbre , conmutó la pena en placer , haciéndola madre de Minos y Radamanto.

Minos , que encontró las costumbres de los cretenses tan salvajes como los desiertos que habitaban , enseñó á sus

paisanos el arte de la agricultura, uniéndolo á este beneficio el presente mas apreciable que un hombre puede hacer á sus semejantes.

Feliz el que promulga
Decretos soberanos
Y estrecha á los humanos
Con dulce y grata union :
Su voz todo lo anima ;
La tierra casi muerta
Parece que despierta
De su enagenacion.

Los Males y el Desorden,
Al escuchar su acento ,
Se fugan al momento
Cubiertos de terror :
Con su Sabiduria
Destierra la Ignorancia ,
Postrando la jactancia
Del orgulloso Error.

A sus sabios decretos
Será la edad presente
Deudora eternamente
De su inocencia y paz :
Con ellos tambien lega
La vida virtuosa
Al par que venturosa
A la posteridad.

Minos participó á la vez de esta gloria y ventura ; mas los cretenses se opusieron por largo tiempo á reconocerle por rey, hasta que Minos, para confundir á sus envidiosos, declaró que era

hijo de Júpiter, y en prueba de ello predijo que apareceria á orillas del mar una víctima que juraba inmolar á Neptuno. Aun hablaba cuando apareció en la playa un toro de extraordinaria blancura, cuyo prodigio bastó á que le entregasen la corona. Pero el nuevo rey, adquiriendo con el cetro las costumbres de su estado, guardó para sí el toro que habia prometido á Neptuno, sacrificándole otro de menos valor.

¡ Ah! todos estos sábios
 Cuyo noble pensar al mundo admira,
 Si á su porte se mira
 La justicia desmienten de sus labios.
 Sus virtudes y rasgos celestiales
 Nos hacen olvidar que son mortales,
 Y su propia flaqueza
 Lo que son nos recuerda con presteza.
 Mas á todos los Entes,
 A quienes larga vida deseamos,
 Sin querer les miramos
 Con ojos placenteros é indulgentes.
 Asi sus graves faltas encubriendo,
 Y solo á sus virtudes atendiendo,
 Los de menos defectos
 Nos parece que son los mas perfectos.

Neptuno irritado castigó á Minos severamente por este momento de olvido, llenando su palacio de incestos y turbaciones. Su esposa Pasífae dió á luz al

Minotauro , que era , segun dicen , medio hombre y medio toro ; y este monstruo , fruto de un infame adulterio , fué encerrado en el laberinto construido por el ingenioso Dédalo , dentro del cual devoraba á los infelices que se extraviaban en las revueltas y encrucijadas de tan sombría mansion.

Androgeo , hijo de Minos , pereció víctima de la envidia de los atenienses , y para vengar su muerte tuvo que sostener su desdichado padre una larga y sangrienta guerra.

Sus hijas Fedra y Ariadna fueron víctimas una y otra de los furores del Amor *. Ariadna se vió abandonada por Teseo en las rocas desiertas de la isla de Naxos ; y Fedra , abrasada de una llama criminal por el virtuoso Hipólito , se envenenó para abreviar los dias que la vergüenza y los remordimientos le hacian insoportables.

Radamanto , hermano de Minos , promulgó en Lycia las mismas leyes que este príncipe habia establecido en Creta. Se hizo célebre por su equidad

* Carta XL.

y temperancia, cuyas virtudes, que á primera vista parecen incompatibles, son sin embargo inseparables.

En union con la Templanza
Siempre Temis ha vivido ;
Mas ¿por qué no habrán querido
Hacer con Baco alianza ,
Que tanto ama la verdad ?
¿Habrá sido por venganza ?....
—Ah! no : su debilidad
Torceria la balanza.

Eaco, compañero de Minos y Radamanto, debió el ser á los amores de Júpiter y Egina, hija de Asopo. Juno, de concierto con el padre de Egina, procuró por medio de una vigilancia continua evitar el desenlace de esta amorosa aventura; pero Júpiter, para no perder tiempo, trasformó en rio á Asopo, y trasportó á la isla de Delos á su hija. En estas soledades, sin otra compañía que el objeto de su ternura, queria Egina alimentarse con desahogos morales y éstaxis sentimentales, cuya teoría habia aprendido en los romances de su tiempo; pero en uno de los momentos mas tiernos de este deleite platónico, su amante desaparece, una fogosa llama la rodea, se introduce en su seno, y se siente abra-

sar de un ardor desconocido. Sus fogosos suspiros y sus lánguidas caricias llaman á su amante ; pero este se hallaba oculto bajo la misteriosa llama , y cuando la ninfa apasionada volvió de su delirio , se encontró que era madre de Eaco.

Este príncipe dió el nombre de su madre á la isla que le habia visto nacer , y gobernó á sus habitantes como un buen padre de familia.

En tanto la venganza se alimentaba en el corazon de Juno.

El deseo de venganza
Se evapora sin tardanza
En el sexo masculino ;
Mas el pecho femenino
De tal modo le alimenta
Que con los años fermenta.

Juno , despues de medio siglo , irritada mas que nunca , envenenó todas las fuentes de la isla de Egina , vengando su afrenta en los inocentes vasallos del hijo de la mujer que Júpiter habia seducido.

Ello es cierto á la verdad
Que en todo tiempo y edad
El pobre fué castigado
Por lo que otros han pecado.

La-Fontaine.

Eaco, rodeado de sus agonizantes vasallos, suplicó á su padre le privara de la vida y se la devolviese á su pueblo. Al hacer esta súplica se encontraba apoyado en el hueco tronco de una encina, habitada por un numeroso hormiguero, y tomando repentinamente cada hormiga la forma y figura humana, se halló el buen Eaco en medio de sus hijos, que desde este prodigio se les llamó Myrmidones*. La sabiduría y equidad con que los gobernó hasta su muerte le merecieron el honor de tener aqui la balanza, con la que pesa eternamente el vicio y la virtud.

Tales son, Emilia, los tres jueces que decidirán algun dia de nuestra suerte. Cuando los dos unidos nos presentemos en su tribunal, les diré contrito y con acento lastimero :

« Si para castigar al delincuente
 »Le poneis de su esposa á la presencia,
 »A fin de que su vista le atormente,
 »No me trateis á mí con indulgencia,
 »Redoblad el rigor, mi alma doliente
 »Sufrirá tal castigo con paciencia,
 »Pues bien lo mereció.... Sí, fui culpable;
 »Hacedme de mi Emilia inseparable.»

* De una voz griega que significa *hormiga*.

CARTA LXX.

MERCURIO, SALMACIS Y HERMAFRODITA.

Al salir del tribunal de los Infiernos
 ¿qué objeto llama vuestra atención? ¿Se-
 rán acaso aquellas sombras que vien-
 nen á ser juzgadas? ¿Se sonrie V.? ¡Ah!
 sin duda es de la figura del que las
 guía..... ¿no es así?..... Precisamente.
 Pues ese es Mercurio, á quien no hemos
 podido encontrar ni en el Cielo ni en la
 Tierra; tan grandes son sus ocupacio-
 nes. Aprovechemos este encuentro, que
 á uno y otro nos interesa,

Pues este mensajero
 De mucho nos valiera
 Si la fortuna fiera
 Nos llega á separar;
 Y nunca será malo
 Tratar personalmente
 Con nuestro confidente
 Por ver si es de fiar.

Mercurio debió el ser á los amores
 de Júpiter y Maïa, á quien se con-
 sagró el mes de mayo, y nació en el

monte Cyrene , situado en la Arcadia.

El jóven hijo de Maïa , dotado de una penetracion sutil , y de una discrecion impenetrable , llegó á ser el negociador y mensajero del Cielo , de la Tierra , del Mar y del Infierno. Júpiter , con el fin de acelerar sus correrías misteriosas , le puso alas en la cabeza y en los talones ; y debiera á mi entender habérselas puesto en las manos , porque Mercurio es tambien el patron de los ladrones. Esta última dignidad no la debió á la intriga , sino solo á sus talentos naturales. El dia mismo de su nacimiento luchó con Cupido , le echó en tierra por medio del ardid , y le robó el carcax: mientras los dioses le cumplimentaban por la victoria , escamoteó el tridente de Neptuno , la espada de Marte , las tenazas de Vulcano , y el cinturon de Venus ; y en tanto que Júpiter se reía de estos latrocinios , le quitó el cetro , y aun le hubiese despojado del rayo si el bribon al tocarle no se quemara los dedos. Este contratiempo le descubrió , y fué causa para que le desterraran del Cielo.

El Olimpo dejando ,
A la Tierra mi dios bajó volando ,

Y en tanto que los pueblos visitaba ,
A los hombres sus mañas enseñaba ,
Que siempre que un decreto soberano
De la corte destierra un cortesano ,
La mas horrible plaga
En todas las provincias se propaga.

Apolo , desterrado al mismo tiempo ,
se ocupaba en guardar los rebaños del
buen rey Admeto ; y Mercurio , trasfor-
mado tambien en pastor , se creyó obli-
gado á proporcionarse una vacada á po-
ca costa. Con este propósito se apro-
vechó del momento en que , enagenado
Apolo de un tierno delirio , celebraba con
su flauta los amores pastoriles. El tiem-
po de una cadencia ó trino le bastó para
escamotear las vacas , ocultándolas en lo
interior de un bosque. Apolo , sabedor
de este robo sutil , se levanta con ligere-
za , se abalanza al arco y flechas , tien-
de el brazo para cogerlas... y repentina-
mente se le deslizan y desvanecen como
el ganado.

Solo el viejo pastor Balto habia sido
testigo de estos latrocinios ; y Mercurio ,
para comprar su discrecion , le regaló
la vaca mas hermosa del ganado robado ,
pues ya en aquel tiempo se estilaba el
que los grandes ladrones recompensasen

á los pequeños. Un poco despues, disfrazado Mercurio en la figura de Admeto, pidió á Balto noticias de su ganado, ofreciéndole dos vacas en recompensa; y Balto, calculando como todo negociante, vendió su secreto por la doble ganancia de su silencio. Irritado con esto Mercurio, tomó su primera forma y transformó al indiscreto en piedra de toque.

Con ella se distingue de seguro
 El dorado metal del oro puro.
 Ah! si los corazones distinguiera
 ¿De cuánto á los mortales no serviría?
 En esos parabienes y cumplidos
 Por el uso y la moda introducidos;
 En esa intimidad de dos vestales
 En edad y caprichos siempre iguales;
 En esa sumision y rendimiento
 Que prestan los mortales al talento
 Del rival poderoso y envidiado;
 En ese resplandor abrigantado
 De voces y promesas lisonjeras
 Que forman en sus rápidas carreras
 Lo que llaman espíritu del mundo;
 En el sueño de olvido tan profundo
 Que acomete á los malos pagadores;
 En los vanos propósitos traidores
 De prestar mas dinero al petardista,
 Hechos por el avaro prestamista;
 Y en la parte que toman los humanos,
 Al ver lo que padecen sus hermanos,
 Si la piedra de toque se aplicara,
 ¿Cuánta liga por dentro no se hallara!

Apolo descubrió al fin al robador,

y esta ratería que hizo al principio mucho ruido, se terminó al cabo, como entre poderosos, por cumplimientos y regalos de una y otra parte. Apolo recibió de Mercurio una concha de tortuga, en cuyo interior habia colocado cuatro cuerdas, á las que añadió otras tres el dios de las Artes: de este modo la lira fué inventada por el hijo de Maïa, y la perfeccionó el hijo de Latona. Mercurio recibió de Apolo una varita de avellano que tenia la virtud de conciliar á todos los seres divididos por el odio. Para experimentar Mercurio el poder de su talisman, le arrojó en medio de dos serpientes que reñian; inmediatamente se unieron en torno de la varita, y quedaron entrelazadas, formando así el caduceo, atributo principal de Mercurio.

Se asegura que el caduceo tenia la propiedad de adormecer y aun de petrificar á cuantos Mercurio se les presentaba.

¡Y cuántos escritores ahora veo
Que publican sus obras sin censura,
Y despues con su lánguida lectura
Presentan al lector el caduceo!

La vida pastoril de Mercurio hizo

que se le adorara como á dios de los pastores. Le representaban conduciendo un morueco jóven; y le solian colocar á la entrada de las casas, poniendo á sus pies un gallo, símbolo de la vigilancia, persuadiéndose que los ladrones, por temor ó respeto á su patron, no pisarian el asilo que custodiaba.

Mercurio, poco satisfecho con los honores campestres, emprendió otra carrera mas brillante. Recorrió las grandes ciudades, y, estableciéndose en medio de las plazas públicas, ejercitó en ellas el arte de la elocuencia. Los retóricos y charlatanes se acogieron bajo su proteccion, y le representaban con unas cadenas de oro que salian de sus labios, y cautivaban á los oyentes asiéndoles de las orejas.

El hijo de Latona rivalizaba tambien en la tribuna con el hijo de Maïa: el estilo del primero era mas noble, y el del segundo mas seductor: se aplaudian los preceptos del uno, pero se practicaban las máximas del otro. Con este motivo,

El monarca de la ciencia
Y el protector de bandidos
Ocuparon siempre unidos
El trono de la Elocuencia.
Mas, hablando sin rodeo,

Mercurio sabe mejor

El arte del Orador

Que su rival, segun creo.

Apolo, tan elocuente

Como el diablo que le inspira,

Arrebata, turba, admira

Y lleva tras si al oyente.

Mas Mercurio, con su agrado

Y sencilla persuasion,

Habla siempre al corazon,

Cual sensible enamorado.

La Inocencia, que al principio

Le escucha sin interes,

Siente un letargo despues

Que de vivir no da indicio;

Y queriendo adivinar

Lo que su labio reserva,

Los ojos anciosa observa

Del Orador sin cesar.

Pero luego que respira

Con sosiego y sin temor,

En brazos del Orador,

Sin saber como, se mira.

Mercurio gozó por algun tiempo de estos triunfos; pero su genio le inspiraba el que uniese lo útil á lo agradable, y para conseguirlo se dedicó al Comercio, celebrando con el Fraude y la Buena-fé un tratado mixto, que despues todos los especuladores aprendieron de memoria como obra elemental.

Y ved aqui finalmente

El modo de hacer fortuna:

No pagar deuda ninguna

Y hacer quiebra de repente.

Todos los comerciantes, edificados con su moral, le rindieron al punto adoracion, representándole con el caduceo en una mano, y con un bolsillo en la otra; y en premio de la proteccion que les dispensaba, le prometieron por de pronto todo el incienso del universo, aunque luego convinieron en no ofrecerle sino la centésima parte, queriendo con esto manifestarle lo bien que se habian sabido aprovechar de sus principios en la buenafé.

Pero entretanto la ausencia de Mercurio ocasionaba un vacio considerable en la corte celeste ;

Pues todos los Amores
 La corte abandonaban
 Al ver que se olvidaban
 Los dioses de adorar :
 Haria una semana
 Que Marte no sabia
 De Venus, ni podia
 Un mensajero hallar.
 En tiempos tan fatales
 La esposa y el esposo
 Ningun lance amoroso
 Podian emprender.
 Los dos juntos decian :
 « ¡ Qué, siempre asi estaremos,
 » Y nunca lograremos
 » Al dios Mercurio ver ! »
 Al fin Jove le llama,

Y viene en el momento :

Miradle ¡ qué contento !

¡ Qué alegre y seductor !

Con besos y caricias

Pretenden abrumarle ,

Mas todos al besarle

Le piden un favor.

«— Ah ! primo : este billete...

»— Amigo , este retrato...

»— Oh ! compañero grato ,

»A mi dueño citad.

»— Mercurio : esta novela ,

»Ha tiempos ofrecida ,

»Tomad , y á mi querida

»En mano propia dad.

»— Amigo : es necesario

»Me busques al momento

»Un suegro , pues intento

»Asi mi suerte hacer.

»— Querido : yo te encargo

»Buscar vieja compuesta ,

»Donde halle mesa puesta

»Al tiempo de comer.

»— Hermano : yo te pido

»Que cuando á la sordina

»Me cite Proserpina ,

»Distraigas á Pluton.

»— Avisa si el marido

»De Anfitrite...—Ya basta ,

»Haz que Minerva casta....

»— Comprendo , bien , chiton.»

Asi dice , y al punto ,

Cogiendo sus paquetes ,

Recorre los retretes

Con gran celeridad.

El mundo viene luego ,

Y con presteza' extraña

Visita la cabaña ,

El bosque y la ciudad.
 En Pafos y Citeres
 Anduvo más despacio,
 Y no dejó palacio
 Por ver, ni tocador:
 En fin, antes que Febo
 En su mansion entrára,
 Logró que dominára
 En todo el mundo Amor.

La facilidad con que Mercurio desempeñaba las comisiones mas árduas le comunicaba cierto atractivo, al que no pudo resistir la misma Venus. Y aun se asegura que habiéndole esta diosa escogido para negociador en una comision importante, estrecharon tanto su intimidad, que al cabo de nueve meses resultó de sus conferencias secretas un hermanito mas al Amor, al que pusieron por nombre Hermafrodita*. Este niño unia á los talentos de su padre las gracias de la madre; y desde su juventud cultivó las ciencias, viajando para instruirse. Fatigado de sus lejanas peregrinaciones, se bañaba un dia en una fuente situada en lo interior de una risueña

* Mercurio tiene por sobrenombre Hermes, y Venus se denomina Afrodita; por lo tanto *Hermafrodita* significa lo mismo que hijo de *Hermes* y *Afrodita*.

floresta del Asia ; la jóven ninfa Salmacis le vió , y le amó , porque verle y amarle era una misma cosa.

Y queriendo mostrar el fuego ardiente
Que su corazon siente ,
Opuso del mancebo á las miradas
Sus encantos y gracias animadas.
En tanto Hermafrodita
La ve con frialdad y no se excita :
Mas ¿ cómo dejará su fria calma
Un cuerpo donde Amor no puso un alma ?

El jóven pedia á los dioses que le libertasen de los abrazos de su amante ; y ella les suplicaba que la hiciesen inseparable del ser á quien amaba. Esta súplica , mas justa , fué atendida : en el instante sus dos cuerpos no formaron mas que uno de perfecta hermosura , pero de sexo equívoco.

Sus dudosos encantos reunidos
Sorprenden al Amor frecuentemente :
El Pastor , alterados sus sentidos ,
Por Ciprina se abrasa interiormente :
La Pastora , sintiendo mil latidos ,
Por Adonis respira solamente ;
Y los dos , á la vez desengañados ,
Se avergüenzan de verse desairados.

A esta belleza ambigua se le dió el nombre de *Androgyno* * , y cada cual hizo

* En griego : *hombre y mujer.*

sus conquistas. Mercurio, encargado por uno y otro de mensajes contradictorios, se excusó de cumplirlos por no robar tiempo á sus muchas ocupaciones.

Éstas variaban á cada instante, y con ellas el nombre del dios. Si presidia al comercio, se le llamaba *Mercurio*; si á las embajadas y negociaciones, *Hermes*; si á las leyes del comercio, música ó elocuencia, *Nomus*; si á los mercados, *Argoræus*; si á los caminos reales, donde estaba representado bajo la forma de una piedra cuadrada, *Vialis*: de aqui tuvo origen su epíteto de *Quadratus*; y tambien se le dió el sobrenombre de *Triceps*, porque ejercia al mismo tiempo sus talentos en el Cielo, en la Tierra y en los Infiernos.

En el Cielo convoca el consejo de los dioses, del que es ugier y secretario: preside tambien á sus banquetes, y limpia la sala y las principales habitaciones del palacio de Júpiter. En la Tierra dirige el genio de los comerciantes, de los ladrones, de los oradores, de los litigantes, y de los vendedores de antidotos; protege y aconseja á los pastores, á los amantes, á las matronas, señoras, don-

cellas, y viudas de cualquier clase ó edad. Es en los Infiernos el introductor de las almas, llegando precisamente en el instante de la agonía para apoderarse del espíritu del moribundo, y conducirle con su varita en la mano hasta la barca de Caron, quien le recibe por un óbolo. Al cabo de cierto número de siglos conduce otra vez las almas á la Tierra, y las coloca en los cuerpos de las criaturas que el Himeneo va dando á luz. Los moralistas preguntan hace tiempo cómo las introduce en su nueva morada. Cuando reciban la respuesta se lo participaré á V.

En esta trasmigracion está fundado el sistema de la metempsicosis, del que hablaré á V. despues que manifieste el culto y atributos de Mercurio.

Se le representa jóven, bien plantado y risueño, casi siempre desnudo, y cuando mas cubierto de un corto ropage. En su cabeza y talones lleva alas; en sus manos se coloca, segun las circunstancias, un caduceo, una bolsa, cadenas de oro, una lira ó una varita; y á sus pies se pone un gallo, una tortuga ó un carnero.

Los griegos y romanos celebraban sus fiestas en el mes de mayo. Por lo regular juntaban su estatua á la de Minerva, y le presentaban, como á dios de la elocuencia, las lenguas de las víctimas que inmolaban á la diosa.

Como parece imposible que este dios infatigable haya podido él solo desempeñar tantas comisiones diferentes, se ha querido persuadir que existieron muchos Mercurios. El mismo Ciceron ha contado hasta cinco; mas ¿por qué hemos de rehusar el creer que suceda entre los dioses lo que sin cesar estamos viendo en la Tierra?

Una jóven conozco floreciente
 Que á los Cielos dirige sus clamores,
 Y cultiva tambien diariamente
 Las Artes, Amistad y los Amores.
 En su choza visita al indigente,
 Ostenta en el paseo sus primores,
 Y despues, adornada con simpleza,
 Se dirige á observar Naturaleza.
 Si concurre á las grandes sociedades,
 Por sus gracias admira y su talento;
 Si vuela á socorrer necesidades
 Al mendigo infeliz deja contento;
 Por sus chistes, si cuenta novedades,
 Mantiene al auditorio siempre atento;
 Y á toda bagatela despreciable
 Sabe dar un valor inestimable.
 Consigue por su genio complaciente

Agradar á la Fea y á la Hermosa ;
 Y si alguno mormura del ausente ,
 Su boca le defiende presurosa :
 Borda , hila , dibuja bellamente ,
 Medita lo que lee , no reposa ,
 Y del grato pasando al tono grave
 Sacar utilidad de todo sabe .

— ¡Mas qué! ¿ para cubrir las atenciones
 Del Amor , Amistad , Artes , Natura ,
 Estudio , Caridad y Diversiones
 Un dia basta puede por ventura ?
 — Increibles parecen mis razones ;
 Mas son ciertas , mi pecho asi lo jura ;
 Y de obrar un prodigio tan patente
 Es capaz una Emilia solamente .



CARTA LXXI.**LA METEMPSICOSIS.**

Si deseas saber, Emilia mia,
Por qué Naturaleza
Contigo se mostró tan obsequiosa,
Los dones prodigándote á porfia
De lozana belleza,
De ingenio, de modestia candorosa,
Y otros mil atractivos,
Escucha de tu suerte los motivos.
Sabrás como en el mundo antiguamente
Largo tiempo habitaste
A los dioses y leyes sometida,
Y en todas ocasiones, reverente,
La virtud practicaste,
Sirviendo tu prudencia desmedida
De modelo á la bella,
A la madre, á la esposa, á la doncella.
Queriendo compensar hoy el Destino
Tu buen comportamiento,
Colocó tu alma pura en la morada
Donde vive el Amor casto y divino,
Y reside el Talento.
Mas ¡ay de tanta dicha si, olvidada
De tus adoradores,
Ostentando prosigues tus rigores!
Acaso por vengar tanta aspereza
La suerte caprichosa
De tantos atractivos te privára;
Y sin gracias, ingenio ni belleza,
Tu alma candorosa

Por diez siglos ó mas se trasformara
 En mona ó en modista,
 En buitre, sanguijuela ó asentista.

No pararia en esto: remontando de planeta en planeta vendrias á parar al centro abrasador del Sol para purificarte; y despues de este inmenso circuito volverias al punto en que te encuentras para comenzar otro nuevo viaje. Segun este sistema, tienen razon para decir que somos caminantes en esta vida, y aun se pudiera añadir que en la otra.

Por lo demas, el principio mas universal de la metempsicosis establece que nuestras almas, despues de habernos abandonado, pasan al cuerpo de aquellos seres que por sus inclinaciones tienen mas semejanza con nuestro carácter.

Si por acaso Pluton *
 A su imperio te llevara

* En las primeras ediciones, en vez de estos versos, se leian los siguientes:

Es tanta mi caridad
 Que ver dar muerte no quiero
 Al constante compañero
 De san Antonio el Abad;
 Pues llevado de piedad
 Exclamo: «detente, fiero;
 »No traspases con tu acero
 »Alguna Paternidad.»

Para que allí se admirára
 Tu belleza y discrecion ,
 Y de celos acosado
 La vida te devolviera ,
 De tus cenizas naciera
 Ese Fenix tan buscado.

Los indios , persas y todos los orientales se sometieron sin restriccion alguna á la Metempsicosis , consintiendo en que el alma pasase del cuerpo de un hombre al de un animal , y del de este al de un árbol ó planta , porque todo lo que vejeta vive , y todo lo que vive debe tener un alma. Semejante sistema puede ofrecernos á cada paso recuerdos tiernos é imágenes agradables : de este modo , si me hallára sentado al lado vuestro á la sombra de un olmo venerable, os podria decir en estilo metempsicosista:

Este olmo feraz y corpulento ,
 Cuya noble vejez ostenta ufano ,
 Encierra las virtudes y el talento
 De un Nestor aldeano.

Aquellos pajaritos , que gozosos
 Se prodigan caricias cual amantes ,
 Fueron en otro tiempo dos esposos
 Queridos y constantes.

Desde sus tiernos años separados
 De Amor no disfrutaron los dulzores :
 En tórtolas hoy dia trasformados
 Renuevan sus amores.

Esa verde y humilde viöleta
Fué, antes de gozar tan breve vida ,
Una bella pastora , muy discreta ,
De muchos perseguida ;

Que de sus asechanzas temerosa
En los bosques y selvas se escondia ,
Y ahora por costumbre recelosa
Se guarda todavía.

Esta rosa, que miras tan lozana
Su color ostentando y hermosura ,
En sus tiempos fué rica cortesana
De muy linda figura :

Hoy dia, hecha flor por el Destino ,
A su amante le ves en esa abeja ,
Y en esta mariposa , su vecino ,
Que ni ahora la deja.

El águila que bebe en esa fuente ,
El Cantor de Ylion antes ha sido ;
Y aqui ves al de Italia floreciente
En cisne convertido.

Trasformado tambien á Delio mira
En curruca que vaga por el monte ,
Y en aquel ruiseñor que nos admira
Al dulce Anacreonte.

Tal era en sus principios la marcha
de la Metempsicosis. Pero algunos si-
glos despues la Dieta general de los
metempsicosistas decretó que en adelan-
te solo tuviese lugar la trasmigracion de
las almas en los cuerpos *homogéneos* , es

decir , de una misma naturaleza. Esta opinion , sin embargo , fué constantemente combatida por los celosos partidarios de Pitágoras.

Este filósofo fué el primer propagador del sistema de la Metempsicosis ; y tenia tan presentes los cuerpos que su alma habia ocupado , que habiendo visto un dia colgado un escudo antiguo en la bóveda de un templo , exclamó : ‘ Ved aquí el escudo que yo llevaba cuando combatí en el sitio de Troya , bajo el nombre de Euforbo.’

El sistema de la Metempsicosis todavía se conserva en toda su extension por una parte de los pueblos de la India , en especialidad por los Bramines , los que se asegura sostienen hospitales para toda clase de animales , persuadidos de que quizá al socorrerlos aliviarán la suerte de algun pariente ó amigo. Esta locura , lo confieso , me parece tan interesante que si perdiese lo que mas amo en este mundo , me tendria por muy feliz en adoptarla.

Si la suerte vengativa

Y enojada

Ha resuelto que á mi amada

Sobreviva ,

Será mi única ventura
El buscar sus propiedades
En las bellas cualidades
De Natura.

De la fuente cristalina
La limpieza,
Me pintara su belleza
Peregrina ;
Su carácter de dulzura
En el cordero encontrara ,
Y el perro fiel me mostrara
Su fe pura.

Su actividad hallaría
En la abeja ,
Que su trabajo no deja
Ningun dia ;
Y con la rosa naciente
Comparando su belleza
Hallaré su gentileza
Floreciente.

De Paloma candorosa
La ternura
Me hará ver su llama pura
Y ardorosa ;
Y por consolar mis llantos
La Naturaleza entera
En todas partes pusiera
Sus encantos.

CARTA LXXII.
LOS CAMPOS ELÍSEOS.

¡ Ah, qué dulce placer el alma siente
 Caminando por este bosque ameno!
 ¡ Qué aire se respira tan sereno
 Al pisar su campiña floreciente!
 De la Tierra sin duda se han fugado
 La Ventura, la Paz y la Inocencia
 Por no ver la mundana pestilencia,
 Y en este bello sitio se han fijado.
 Su grata soledad ¿qué desventura
 Osaría turbar con fin siniestro?
 Jamas mi corazon al lado vuestro
 Respiró con mas calma ni dulzura.

Una involuntaria reflexion , sin em-
 bargo, mitiga poco á poco los encantos
 y placeres que inspiran estos campos ha-
 lagüenos: la yerba nace, y no se agosta:
 su claridad en perpétua aurora no de-
 declina jamas á su occidente: el mismo
 Céfiro da siempre un mismo movimien-
 to á esas hojas: esas ondas, siempre apa-
 cibles, reflejarán perpetuamente los mis-
 mos objetos, y por mas de mil siglos ba-
 ñarán estas mismas riberas, donde unas

mismas sombras vendrán á gozar del mismo reposo.

Al frio aspecto de esta monotona felicidad ¿no siente V. aletargada su imaginacion, y el corazon adormecido?

Pero ¡qué! ¿sin cesar nos miraremos
Cuando estos bellos campos visitemos
Sin encontrar mudanza?

Tranquilo noche y dia, sin temores,
¿No habremos de gustar los sinsabores
Que presta la Esperanza?

¿Y podremos aquí vivir contentos,
Sin las penas y plácidos tormentos
De inquietud amorosa?

¡Ah! no; que los amantes, por ventura,
En su suerte variable otra dulzura
Encuentran mas sabrosa.

El encanto de bella Primavera,
Sin el tétrico Invierno ¿qué valiera?
Con las nubes el Cielo

Aumenta su brillante colorido.
¿A quién, si tempestades no ha sufrido,
La calma dió consuelo?

Contemple V. á estas sombras silenciosas que vagan en torno nuestro: gustan sin emocion el placer de verse juntas, y se reunen ó separan con la misma indiferencia. Semejante felicidad me parece mas digna de admiracion que de envidia; pero si V. desea conocer su origen, nos acercaremos á esta ribera entapizada de adormideras, y desde ella po-

dremos contemplar el curso insensible del Leteo. Este rio comunica lentamente con sus ondas la indiferencia á los placeres de la vida; en él, cuando los muertos virtuosos entran al Eliseo por aquella puerta de marfil, beben con ansia el olvido de las penas y placeres que llenaron su corta existencia. ¡Desgraciados! cuando recurren á tan fatal remedio ¿habrán amado algun dia?

Quien conoció la dulzura
Y delicias del Amor,
¿Puede olvidar sin dolor
Los recuerdos de ternura?
¡Oh, cuánta mayor ventura
Que las aguas del Leteo
Proporcionan, segun creo,
Las memorias del placer,
Que borrando el padecer
Nos pintan solo el recreo!

Escucha mis consejos, querida amiga; evitemos esta onda fatal; salvémonos por la puerta de marfil, y volvamos á la Tierra antes que en el camino nos sorprenda la noche, pues esta jamas despliega aqui sus alas, y es otro de los reparos que me alejan de esta bienaventurada mansion.

Eliseo, mansion donde reposa
El sábio vencedor de las edades,

Y seguro disfruta paz dichosa
 Despues de sus pasadas tempestades :
 ¿Qué momentos podrán tus moradores
 Dedicar al placer y los amores ,
 Si jamas remplazó tu claro dia
 La noche melancólica y sombría ?

Los sábios en tus bosques placenteros
 Discuten sin cesar sobre la ciencia ,
 De los bienes y goces verdaderos
 El origen buscando con paciencia ;

Pero ¡qué ! ¿nunca mienta su cordura
 Una sola palabra de ternura ?

¿Ni su claro y sutil entendimiento
 Se ocupa en los amores un momento ?

¡ Oh campos deliciosos del Averno !
 La dicha del mortal es pasajera ,

Vosotros ofreceis placer eterno ,
 Y manda mi razon que le prefiera ;

Pero indigno mi espíritu mundano
 De habitar un recinto soberano ,

Y temiendo yo mismo por mi suerte ,
 Suplico á mi doctor no me dé muerte .

EPILOGO.

Ligeros borrones mi mano trazaba
Los gritos y voces de alarma escuchando;
Mil veces la pluma sin tino giraba,
De miedo temblando.

De caros amigos lloraba la suerte,
Dudando confuso cuál fuera la mia;
Por toda la tierra la rabia y la muerte
Correr se veía.

Los fieros verdugos con toso semblante
Del Sol luminoso los rayos encubren;
Los rojos vapores de sangre humeante
La atmósfera cubren.

A veces, marchando con lentas pisadas,
Mis ojos, cubiertos de triste amargura,
Do quier encontraban las negras moradas
De cárcel oscura.

En ellas veían de hierros cargados
Al Genio, las Artes, Amor y Talento:
De muerte penosa sufriendo cansados
El duro tormento.

De sus infortunios asaz condolido,
Con ellos mi pecho morir anhelaba,
Y al pie de su tumba, de penas rendido,
Mi lira dejaba.

Mas sabiendo que la Bella
Y la inocente doncella
En su lóbrega prision
Leían mis borradores,
Por calmar los sinsabores

De su tierno corazón ,
 Exclamé con entusiasmo :
 " ¡ Oh serés á quienes amo !
 » Si mi lira
 » Logró volver el reposo
 » A vuestro seno lloroso ,
 » Que suspira ;
 » O si al menos por un rato ,
 » Con acento poco grato ,
 » Vuestros pesares calmé ;
 » Mientras dure mi existencia ,
 » Por consolar la Inocencia ,
 » De escribir no dejaré .
 » ¡ Oh Cielos ! dadme talento :
 » Comunicad á mi acento
 » Compungido
 » Ese lenguaje agradable ,
 » Que consuela al miserable
 » Perseguido ."

Acaso por ésto mis toscos borrones
 Saldrán , fiel amiga , de su oscuridad ;
 Que haciendo el retrato de tus perfecciones ,
 Pinté las Virtudes , Amor y Beldad .

FIN DE LA QUINTA PARTE.

INDICE.

A EMILIA.	pág. 3
LOS INFIERNOS.	7
CARON	15
PÍRAMO Y TISBE.	31
PLUTON.	45
LAS PARCAS.	48
PLUTO.	55
LA FORTUNA, EL DESTINO, NEMESIS.	59
EL TÁRTARO.	67
LAS FURIAS.	85
HÉCATE.	90
MINOS, EACO Y RADAMANTO. EUROPA.	95
MERCURIO, SALMACIS Y HERMAFRO- DITA.	105
LA METEMPSICOSIS.	120
LOS CAMPOS ELÍSEOS.	126
EPÍLOGO.	150